

JOSÉ MARÍA RUIZ POVEDANO

MÁLAGA, DE MUSULMANA A CRISTIANA  
La transformación de la ciudad a  
finales de la Edad Media

GRANADA  
2017

# COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR

Rafael G. Peinado Santaella

(Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada).

CONSEJO ASESOR

Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); James Casey (profesor emérito de la Universidad de East Anglia); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Joseph Pérez (profesor emérito de la Universidad de Burdeos y director honorario de la Casa de Velázquez); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).



La colección de Historia de la Editorial Universidad de Granada está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

© JOSÉ MARÍA RUIZ POVEDANO  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA  
© FUNDACIÓN PÚBLICA ANDALUZA EL LEGADO ANDALUSÍ

ISBN: 978-84-338-6148-1. Depósito legal: GR./1386-2017  
ISBN: 978-84-96395-91-6 (Fundación Pública Andaluza El legado andalusí)

*Edita:* Editorial Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada  
Telfs.: 958 243930-958 246220 • [www.editorial.ugr.es](http://www.editorial.ugr.es)  
Fundación Pública Andaluza El legado andalusí  
Calle Mariana Pineda s/n. Edificio Corral del Carbón. Granada  
Telfs. 958 225995 • [www.legadoandalusi.es](http://www.legadoandalusi.es)

Maquetación: CMD. Granada  
Diseño de cubierta: José M.ª Medina Alvea  
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

# SUMARIO

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.....	13
PRESENTACIÓN.....	17
PRÓLOGO.....	21
INTRODUCCIÓN.....	27

## PRIMERA PARTE

### MÁLAGA, CIUDAD MUSULMANA

I.	APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE MÁLAGA MUSULMANA.....	39
	Un lento proceso de islamización .....	41
	Málaga, cabeza de puente entre al-Andalus y el norte de África.....	45
	Málaga, puerto y capital económica del reino nazarí de Granada ...	50
II.	EL DESARROLLO URBANO DE MÁLAGA.....	55
	Cuestiones previas sobre el urbanismo musulmán .....	55
	Islamización de Málaga. El tránsito de <i>civitas</i> a <i>madina</i> .....	58
	Revitalización urbana de Málaga. La consolidación de la <i>madina</i> (siglos X y XI) .....	60
	El crecimiento y el despegue urbano de Málaga. La ciudad almohade y nazarí .....	62
III.	ESPACIOS, FUNCIONES Y EQUIPAMIENTOS DE MÁLAGA MUSULMANA.....	67
	La comarca de Málaga y zonas periurbanas: un «paraíso» o «recinto de dulzura» .....	69
	Alquerías y casas de campo: «quintas que se parecen a las estrellas del cielo» .....	72
	El espacio cercano a la murallas. Los alrededores de la ciudad.....	74
	Los arrabales de la ciudad .....	77
	La <i>madina</i> de Málaga. Planimetría.....	82

La muralla, torres y «otras fuerças» de la <i>madina</i> .....	86
Los accesos a la <i>madina</i> . Las puertas .....	90
El tejido urbano de la <i>madina</i> .....	96
La ciudad sagrada: los espacios de culto, de congregación y de enseñanza.....	108
Los espacios del poder político-militar.....	116

## SEGUNDA PARTE

## LA CONQUISTA Y LA CASTELLANIZACIÓN DE MÁLAGA

IV. LA CONQUISTA DE MÁLAGA. SU INCORPORACIÓN A LA CORONA CASTELLANA .....	139
La conquista de Málaga, un acontecimiento internacional.....	139
Las fuerzas militares enfrentadas en el cerco de Málaga.....	144
Desarrollo del cerco de Málaga (7 mayo-18 agosto).....	159
V. LA CASTELLANIZACIÓN DE MÁLAGA. UN CAMBIO RADICAL EN EL POBLAMIENTO DE LA CIUDAD .....	171
El desalojo y la deportación de los musulmanes malagueños.....	171
La repoblación de Málaga. El «avecindamiento» castellano-andaluz .....	173
Nueva estructura social y profesional.....	190
La atribución social del espacio malagueño. Propiedad, privilegio y jerarquía.....	207

## TERCERA PARTE

## LA TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO DE LA CIUDAD DE MÁLAGA

El modelo de ciudad castellano.....	217
VI. LOS LÍMITES DEL ESPACIO URBANO DE MÁLAGA.....	227
Las murallas de Málaga.....	228
Elementos de comunicación de la ciudad. Las puertas .....	235
VII. SERVICIOS PÚBLICOS, EQUIPAMIENTOS E INFRAESTRUCTURA URBANA ...	267
El saneamiento de las aguas .....	267
El abastecimiento de agua.....	273
Los muladares .....	279
El pavimento de las calles y plazas malagueñas.....	281
Higiene y salubridad de la ciudad. La contaminación de la calle ...	283
La polución industrial. Regulación concejil de las actividades artesanales.....	288

VIII. EL MODELO DE CIUDAD CASTELLANO. LA REFORMA INTERIOR DE MÁLAGA .....	293
La ampliación del espacio urbano residencial .....	293
Nuevo concepto del espacio público .....	295
Continuidad de la red viaria heredada. Las nuevas calles de Málaga .....	296
Modificación de la trama urbana y de la red viaria de Málaga.....	304
Nuevos espacios abiertos en la ciudad. Las plazas al servicio del poder, del ocio y del comercio.....	320
Cambios en la fisonomía urbana. La nueva arquitectura viaria.....	344
IX. LAS CIUDADES DE LA CIUDAD DE MÁLAGA.....	359
La ruptura funcional de la <i>madina</i> . Nueva articulación del espacio urbano .....	359
Barrios residenciales en el interior de la antigua <i>madina</i> . Las <i>collaciones</i> .....	361
Barrios residenciales y extramuros. El poblamiento y urbanización del espacio septentrional .....	372
Barrios étnico-religiosos de Málaga.....	385
Barrios productivos y artesanales de la ciudad.....	399
Ocupación y urbanización de la orilla derecha del Guadalmedina. Nuevos barrios artesanales de Málaga.....	408
La ciudad-mercado. Espacios, equipamientos y calles comerciales	416
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	435
SIGLAS Y ABREVIATURAS .....	457
ÍNDICE DE CUADROS Y GRÁFICAS .....	459
ÍNDICE DE PLANOS E ILUSTRACIONES.....	461
ADENDA VISUAL DE <i>MÁLAGA, DE MUSULMANA A CRISTIANA</i> .....	463

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

CON este nuevo libro sobre la historia de Málaga, cuya primera edición se hace ahora adolescente, José María Ruiz Povedano aumenta y adorna su ya largo currículum investigador referido a la floreciente capital de la Costa del Sol. Ambigua de suyo en lo general, la transición de los tiempos medievales a los tiempos modernos en el reino de Granada presentó rasgos propios. Con dos guerras de por medio, una de conquista territorial y otra civil en el agonizante emirato nazarí, lo que el siglo XVI alumbró en las últimas tierras de al-Andalus no fue tanto una *modernidad* de perfiles siempre difusos sino una nueva formación social, la feudal castellana, que suplantó a la derrotada formación social islamo-nazarí, cuya definición, sin embargo, estamos todavía lejos de definir en lo concreto. Este concepto, pero también esta imprecisión teórica, centran el argumento fundamental de este bello trabajo, sobre todo en lo que atañe a la realidad física de la ciudad malagueña. Y aquí radica a mi entender el aspecto más novedoso que realza el libro con personalidad propia en el vasto panorama bibliográfico con el que hoy cuenta el reino granadino en dicha época transicional. Novedad adornada, por otra parte, de una calidad historiográfica de la que adolecen otros intentos similares y algo posteriores centrados en la propia capital del nuevo reino castellano.

Haciendo gala de una redacción ágil, de una erudición tan aplastante como en él es también habitual y de una bien trabada armazón teórica, en la que se perciben ecos braudelianos y marxistas (larga duración, formación social, modelo, ruptura), Ruiz Povedano nos ofrece su sobresaliente propuesta dividida en tres partes. La primera de ellas, dedicada a *Málaga, ciudad musulmana*, es en realidad una introducción, cuya extensión consume casi la quinta parte del libro y está articulada en tres capítulos. En el primero realiza una aproximación a la historia de la ciudad islámica para resaltar sobre todo la doble condición que Málaga tuvo como cabeza de puente entre al-Andalus y el Norte de África y como puerto y capital económica del sultanato nazarí. En el segundo aborda el desarrollo urbano de la ciudad: si, durante la época emiral, el tránsito de la *civitas* a la

*madínat* estuvo caracterizado por un innegable estancamiento, el periodo califal coincidió con una revitalización que se tornaría en crecimiento y despegue bajo almohades y nazaríes. El tercero, bastante más extenso que los anteriores, repasa los espacios, funciones y equipamientos de la Málaga musulmana: las zonas periurbanas y los alrededores, los arrabales, la *madínat* (que terminó acogiendo una población de 15.000 habitantes), el sistema defensivo, el tejido urbano (red viaria y barrios) y los espacios propios de la sacralidad y del poder político y militar.

La segunda parte está centrada en *La conquista y la castellanización de Málaga*. Aunque iguala a la primera en número de páginas, sólo contiene dos capítulos. En el primero retoma el relato de la conquista para destacar su carácter de acontecimiento internacional, de acuerdo con la privilegiada situación estratégica de la urbe malagueña en el Mediterráneo occidental: ilustrada con planos, cuadros y fotos, y salpicada también de numerosas citas de los cronistas, la narración podría decirse que se lee con agrado si no fuera por el grado de agresividad y de crueldad que convirtieron aquel cerco en la más sangrienta de las operaciones de la Guerra de Granada. El segundo de los capítulos de esta parte central, que no principal, analiza el brusco cambio poblacional que se derivó del intenso proceso de castellanización que siguió a la conquista, pues «la sustitución total del vecindario [fue], sin duda, la mayor transformación que la ciudad conoció». El espléndido análisis que José María Ruiz Povedano realiza en estas páginas se ampara en la proverbial locuacidad de los libros de repartimiento de Málaga, que, en efecto, permiten conocer muchas características de una gran parte de los 2.500 colonos que protagonizaron la mayor empresa repobladora habida en el reino de Granada: el calendario y el ritmo de llegada, la procedencia geográfica (con un predominio abrumador de los andaluces y de los procedentes del realengo), la nueva estructura social y profesional y la atribución social del espacio que se atuvo al doble criterio del privilegio y la jerarquía. Esta última circunstancia, sin embargo, sólo la esboza basándose en las instrucciones generales que se dictaron al respecto, sin entrar en el difícil estudio del reparto pormenorizado de las propiedades urbanas y rurales que algún día habrá que acometer para explotar a fondo los voluminosos libros que anotan las complicadas operaciones repartidoras de Málaga. En esa tarea andamos dándole vueltas a la cabeza, para acometer su estudio, el propio José María Ruiz Povedano, José E. López de Coca (el maestro indudable de todos los que nos hemos acercado al tema apasionante y fronterizo del reino de Granada en las postrimerías nazaríes y en los primeros decenios del dominio castellano) y yo mismo.

La tercera y última parte, dedicada a *La transformación del espacio en la ciudad de Málaga*, constituye el núcleo y la principal finalidad del libro. Ofrece también las páginas más novedosas, no sólo por lo que toca a la

propia ciudad malagueña sino también por lo que se refiere al conjunto del reino de Granada. Ciertamente, se pueden contar con los dedos de una mano —y sobrarían— los estudios que han profundizado en los cambios urbanísticos introducidos por el nuevo Poder en las antiguas ciudades nazaríes, siendo así que tampoco son muy numerosos aquellos otros que han tocado dicha problemática desde la perspectiva de la historia del arte o del urbanismo, por más que puedan citarse ejemplos sobresalientes debidos a la pluma de María Dolores Aguilar García, Ignacio Henares Cuéllar y Rafael López Guzmán. Por eso, las más de doscientas páginas que conforman esta parte del libro resultan impagables y sus cuatro capítulos se convirtieron en el momento de su primera edición en un modelo historiográfico al que habrá que acudir de manera inexcusable en los trabajos del mismo corte que se hagan en el futuro para otras ciudades, lo que todavía no ha ocurrido o se ha hecho de manera altamente insatisfactoria en algún caso.

Esta postrera parte se abre con unas páginas introductorias que en cierto modo resumen los argumentos desarrollados en los capítulos siguientes. Bajo el impulso de los corregidores y del concejo —las actas capitulares, junto con los libros de repartimiento constituyen el principal arsenal informativo—, el nuevo modelo de ciudad procedió de una voluntad rupturista, que se «hizo evidente hasta la brusquedad y, si cabe aún más, hasta la violencia destructiva» y que «buscaba una ciudad bella, noble y bien ordenada»; de modo que la tendencia renovadora del tejido urbano se vio reforzada también con el aumento demográfico evocado en una reunión del Cabildo del mes de octubre de 1532. En el primero de los capítulos, que hace el sexto del libro, se describen los límites del espacio urbano, esto es, las murallas y las puertas, cuya múltiple funcionalidad queda muy bien enumerada. El segundo está dedicado a los servicios públicos, a los equipamientos y la infraestructura urbana: el agua, los muladares, la pavimentación de calles y plazas, la contaminación callejera y la polución artesanal. El tercero repasa de manera muy pormenorizada la reforma interior de la ciudad, haciendo hincapié en los elementos de ruptura y continuidad de los espacios urbanos y de las funciones de la ciudad. En fin, el cuarto y último capítulo acomete un ensayo de sociotopografía urbana, es decir, enumera las diversas «ciudades» de la ciudad de Málaga a través de la red parroquial y sus diferentes barrios (residenciales, étnico-religiosos, productivos, artesanales y comerciales).

Hace dieciséis años tuve la oportunidad de escribir una reseña de este gran libro en el número 27 (del año 2000) de la revista *Chronica Nova*. Ni que decir tiene que aquí he repetido casi al pie de la letra lo que entonces escribí, salvo que ahora sustituyo su último párrafo por este otro para felicitarle, como director de la colección HISTORIA de la Editorial Universidad de Granada, que su directora haya tenido a bien acoger en su riquísimo

catálogo esta segunda edición de la mano de otra institución muy querida por mí como es la Fundación Pública Andaluza El legado andalusí.

Granada, 21 de diciembre de 2016.

*Rafael G. Peinado Santaella,*

Catedrático de Historia Medieval  
de la Universidad de Granada

## PRESENTACIÓN

TENGO la ocasión de invitarles a leer este libro titulado *Málaga, de musulmana a cristiana. La transformación de la ciudad a finales de la Edad Media*. Y lo hago, debo confesarlo, gustosamente, con satisfacción y alegría, por muy diversos motivos. En primer lugar, por ser una editorial malagueña y andaluza, la editorial Agora, con quien la Consejería de Cultura tiene la suerte de colaborar una vez más en sus publicaciones. En segundo lugar, por su autor, persona a la que conozco hace bastante tiempo y sé de sus afanes y desvelos en el mundo de la investigación histórica y en la cultura. Y por último, por el tema del libro, centrado en la historia de Málaga y de su configuración como ciudad, sin duda, una cuestión de gran interés y, al mismo tiempo de plena actualidad.

Málaga es el fruto de la Historia. Incluso, me atrevería a afirmar que es un regalo de la Historia, sobre todo, para quienes tres mil años después de su fundación podemos seguir disfrutando de la herencia devenida, además del mismo sol, con idéntico clima y desde una similar perspectiva mediterránea de la que gozaron sus seculares pobladores.

Málaga vino al mundo bajo el «signo de Tanit», creció al socaire del comercio, de los negocios y de su puerto, que fue también puerta de civilización. Su perfil cosmopolita se enriqueció con el Latín y el Derecho, que le permitieron convertirse en ciudad federada y municipio romano. La civilización islámica consagró la madurez de Málaga y la dotó de aquellas formas y equipamientos urbanos que, en una buena medida, han llegado a nosotros, a pesar del complejo y violento choque de pueblos y culturas, habido a finales de la Edad Media, como se pone de relieve en la presente obra.

La ciudad no fue ajena a esta obstinación, incompreensión e incapacidad para el reconocimiento y la coexistencia con «el otro». Málaga fue víctima, como tantas otras veces lo ha sido, del odio y de la guerra, así como de sus dolorosas secuelas (la esclavitud de la población musulmana, la deportación en masa, la destrucción y daños materiales en sus viviendas, calles, bienes productivos...). Un combate de civilizaciones que, como se aprecia en el libro, continuó vivo en las mentes y en las formas de vida de aquellos nue-

vos pobladores llegados de distintas ciudades castellanas y de la cristiandad occidental, dispuestos a borrar las huellas de la «ciudad de Oriente».

Formaba parte de la mentalidad de aquella época. Esa transformación de la morfología ciudadana malagueña constituía una pieza más de ese mosaico de intolerancia de civilizaciones contrapuestas. Sin duda, como demuestra el autor del libro, formaba parte del discurso ideológico del reinado de los Reyes Católicos, según se puso de manifiesto, unos días después de ser conquistada Málaga, en el sermón pronunciado por Pedro Bosca ante el Colegio de Cardenales de Roma:

«no creamos ni pensemos, Oh Padres, que los ánimos invictos y ardientes por el fervor, tanto de la guerra como de la fe, e iluminados por la luz del cielo, están ya contentos con esta empresa. Pasarán al África, y gloriosos por tantas gestas realizadas prósperamente, con la ayuda del Señor, y tantas victorias conseguidas, derribarán al inmundo de Mahoma y propagarán el Santísimo Nombre de Cristo».

Esa transformación material y simbólica de Málaga podemos seguirla a través del libro de José M.<sup>a</sup> Ruiz Povedano. Pero, sin duda, de la lectura del mismo obtendremos también los datos para la comprensión e interpretación del legado urbano, islámico y cristiano, y de las huellas musulmanas que permanecieron y las que fueron fuertemente remodeladas por los castellanos y han llegado a nosotros quinientos años después.

Hoy día Málaga aún conserva una considerable herencia histórica y artística de aquellas dos ciudades semimilenarias, a veces superpuestas y a veces entrelazadas por el encuentro y desencuentro de dos civilizaciones. Las huellas del pasado más reciente configura nuestro Patrimonio, no sólo el que tenemos a la vista, sino también aquel que no percibimos, aunque convive con nosotros, bajo nuestros pies, sin duda tan importante como el que tenemos la suerte de disfrutar en nuestro entorno. Las ciudades históricas, y Málaga lo es por excelencia, son el archivo y el museo donde se conserva la memoria de los hombres y mujeres que pretendemos —además de hacer gala— hacernos merecedores de la categoría de ciudadanos.

Pero, vivir cívicamente el espacio urbano es sentir orgullo por nuestro pasado, y saber respetar no sólo los monumentos y objetos artísticos importantes, sino también aquellos restos materiales, a veces incomprensibles o difícilmente perceptibles, como la trama urbana del centro histórico, algunos rincones o pasajes, ciertamente pintorescos, que evocan un antiguo adarve, pasadizo, algarfa..., o los hallazgos de los sondeos de urgencia, etc. Todo ello constituye el Patrimonio que nos identifican y de cuyo legado conscientemente nos sentimos continuadores.

Por tal motivo, a través del presente libro, que nos habla de la ciudad en la historia y de cómo ha llegado a configurar sus formas urbanas, pode-

mos reconstruirla y profundizar nuestros conocimientos sobre la Málaga de hace quinientos años. Pero, al mismo tiempo, nos brinda la oportunidad de reflexionar y debatir sobre ese urbanismo histórico, sobre esa magnífica herencia recibida y qué hacer con ella. En Málaga debemos profundizar en la nueva dimensión de ciudad avanzada, fruto de las exigencias de la ciudadanía, tal como existen en otras partes de España y de Europa.

Hoy resulta obligado desarrollar y ampliar una nueva cultura de ciudad, entendiendo y practicando otras formas de relación en el espacio urbano. Indiscutiblemente, hoy día hacer ciudad significa hacer cultura y, por consiguiente, exige un esfuerzo de reflexión y de responsabilidad de cuantos viven, trabajan o piensan a Málaga. Su revalorización supone tanto la rehabilitación de aquellas formas urbanas legadas, como la disposición de una ciudad agradable, saludable, transitable y bien equipada.

Las sucesivas ciudades que han ido conformando la actual Málaga a lo largo de 3.000 años han tenido una vocación transformadora de la ciudad, adaptándola, completándola o reformándola, pero nunca existió un afán de sustitución y destrucción. Las grandes apuestas de los próximos años están basadas en la potenciación e impulso de la Cultura en Málaga, como el Museo Picasso, y nos exige a todos un esfuerzo de creación e imaginación para desarrollar las bases de una ciudad que inicia la andadura del tercer milenio.

*Rosario Torres Ruiz,*

Delegada Provincial en Málaga de la  
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2000

## PRÓLOGO

No cabe duda de que la geografía, junto con su más elaborada versión antrópica, es decir, el urbanismo, constituye el libro abierto de la historia de las ciudades. El medio ambiente urbano levanta el acta notarial de las culturas y generaciones que nos precedieron, al tiempo que registra puntualmente el pensamiento y la acción de la que está ahora escribiendo el presente. Pero así como el pensamiento toma forma en la ciudad, las formas urbanas acaban condicionando el pensamiento, aunque rara vez tomemos la distancia y la perspectiva suficiente como para que nos demos cuenta de ello. A pesar de los tópicos interpretativos del carácter y la conducta de los pueblos, la idiosincrasia no es esa especie de genoma colectivo, atávico e inmutable, con el que se nos califica por el simple hecho de haber nacido en cualquier lugar, sino que es algo que evoluciona en una relación dialéctica con las propias transformaciones que el hombre somete a su entorno.

Es absolutamente cierto que el destino de una ciudad, manifestado en el carácter de su población y sus funciones dominantes, presenta unos rasgos de continuidad y permanencia que arrancan de su mismo instante fundacional, que suele estar motivado, a su vez, por el feliz acoplamiento entre las condiciones físicas del lugar y las necesidades de la población primigenia. Pero es cierto también que las ciudades cambian, y con ella sus ciudadanos. Y así, por una parte es un hecho comprobado que el espíritu comercial y mercantil de Málaga, que está en su mismo origen fundacional y habrá de marcar su destino histórico, fue el principio que, como escribió Torres Balbás, «trajo consigo la afición al cambio, a la mudanza (...) el cual, junto con la riqueza acumulada, produjo la renovación constante de la ciudad, en contraste con otras andaluzas que conservan en su recinto urbano recuerdos y huellas importantes del pasado».

Y por otro lado puede también comprobarse que las transformaciones en la fisonomía urbana han conllevado cambios en el espíritu colectivo de los ciudadanos, alternancias en la mayor o menor capacidad de éstos para regir sus destinos, periodos de esplendor y decadencia, rebrotes de optimismo ilustrado o caídas en el irredentismo recurrente... y todas esas

alternancias tienen su causa, y a la vez su reflejo, en la construcción de la ciudad, en unas formas urbanas que, monumentales o domésticas, civiles o religiosas, hermosas o vulgares, productos de la voluntad de trascendencia o de la más pedestre especulación inmobiliaria, son siempre el catalizador de una ideología.

Sea como fuere, la verdad es que su naturaleza mercantil hizo de Málaga —históricamente— un territorio lábil donde, más que enraizarse, se deslizaban las diversas culturas que por ella pasaron, dando lugar a mezcolanzas, solapes, coexistencia e integración de razas y comunidades de intereses: Málaga seguirá siendo una ciudad con culto y lengua púnicas durante la dominación romana; de igual forma, fue precisamente la jerarquía eclesiástica la que, habiendo permanecido intacta, colaboró con el reforzamiento del estado islámico, por no hablar del papel económico de las comunidades judías o los mercaderes genoveses en el tráfico marítimo de los productos locales durante toda la dominación musulmana, y así hasta la contribución de los capitales extranjeros al auge mercantil e industrial de los siglos XVIII y XIX.

Mutaciones, mezclas, renovaciones... en Málaga podríamos decir, no sin ironía, que su constante es el cambio; y si, como hemos dicho, la geografía, el urbanismo, es el libro de su propia historia, no deja de sorprender ese afán de los malagueños por arrancarle hojas a ese libro para entorpecer su lectura y, a la postre, dificultar el conocimiento de nosotros mismos.

Afortunadamente hace ya varios años que se desató en Málaga un inusitado interés por su historia debido, a mi juicio, a la confluencia de dos circunstancias: la creación de su Universidad por un lado, que ha producido una verdadera pléyade de jóvenes investigadores, historiadores y arqueólogos y, por otro, la toma de conciencia de la pérdida irreversible de identidad ciudadana a la que estaba dando lugar los excesos inmobiliarios del desarrollismo. Son cientos los trabajos, libros, artículos y tesis doctorales que han abordado todos los períodos de nuestra historia, a los que viene a sumarse la brillantísima tesis doctoral que el lector tiene ahora entre sus manos: «Málaga, de musulmana a cristiana» de la que es autor José María Ruiz Povedano, en la cual se analiza un momento clave para el entendimiento de las pautas de configuración de la ciudad moderna: el tránsito de la ciudad islámica a la cristiana tras la conquista por los Reyes Católicos en 1487, merced a la acción de los Repartimientos de las propiedades inmuebles y bienes raíces entre la población colonizadora. Existe una abundantísima información de este momento histórico procedente de la narración de los cronistas de la época y de los propios libros de los Repartimientos, tan bien y profusamente estudiados por Bejarano Robles y López de Coca Castañer, entre otros. El mérito de Ruiz Povedano no es tanto la recopilación de datos existentes sobre el tema —en todo caso impresionante— como la aguda y sugerente

interpretación que hace de ellos, por la que se nos desvela el alcance y el significado profundo de esa gran operación urbanística que fueron los Repartimientos, más allá del simple hecho de repoblar con vencedores el territorio ocupado a los vencidos: la tesis de Povedano, o lo más sustancial de la misma, es que los Repartimientos que siguieron inmediatamente a la conquista fueron una especie de «ensayo general con todo» del nuevo modelo de Estado surgido de la Monarquía católica y unitaria, el primer experimento de sus estructuras burocráticas y administrativas y la traducción espacial del nuevo poder que se preparaba ya para llevar a cabo ese desigño imperial que habría de tener su eclosión en el siglo venidero. Como dice Pierre Vilar, «(...) el reinado de los Reyes Católicos prepara un siglo triunfador. Si España asimila a Carlos V es porque se ha creado una fuerte atmósfera antes que él. Si conquista un mundo, lo evangeliza y dirige una Contrarreforma, material y espiritualmente, es gracias al unanimismo moral creado a fines del siglo XV por ella, que puede vivir esas grandes horas».

No es ésta la única aportación de la tesis de Povedano pero, a mi juicio, sí la más certera y sugerente: las aperturas viarias, los ensanches, las variadas formas de representación simbólica del poder, civil o religioso (las puertas, plazas, murallas y fachadas palaciegas), las divisiones parroquiales, las «collaciones» y, sobre todo, la intensa labor de policía urbana, ordenancista y normativa de los concejos y corregidores tenían como fin último la contundente afirmación de un orden nuevo, epílogo del medioevo y antesala del Estado moderno, que nacía, en el caso español, identificando la solidez nacional con la ortodoxia católica, la implantación —en muchos aspectos contradictoria— de una visión antropocéntrica del mundo, heredera del Renacimiento italiano, con una cruzada por la cristiandad contra los judíos y el Islam. Como señala Julio Valdeón citando a Salustiano de Dios, «los elementos del Estado Moderno, a saber, la existencia de un poder soberano, que se proyecta sobre una comunidad territorial y que cuenta con el apoyo de un aparato de estado centralizado, eran perfectamente visibles en la Castilla de los Reyes Católicos». Pero no es aventurado pensar que estos elementos del Estado empezaran a manifestarse en las ciudades del reino de Granada que precedieron a la conquista de la capital (Alhama, Loja, Baza, Guadix, Almería) y especialmente en Málaga.

Las transformaciones urbanas que siguieron a la cruenta conquista de esta ciudad no fueron fáciles por los descalabros que infligieron a la tupida trama de la ciudad islámica precedente. Povedano no deja aquí palmo de terreno por investigar. Ayudado, como un juliovernesco Akne Sakkussen, por el famoso plano-guía de Emilio de la Cerda Gariot sobre la Málaga musulmana —que en realidad es una conjetura de la ciudad inmediatamente posterior a los Repartimientos— desciende a las profundidades topológicas buscando el significado de cada traza, del menor gesto del parcelario que

nos pueda desvelar el secreto de una transformación; analiza con enorme rigor el papel y la funcionalidad de las puertas, conexiones con los caminos territoriales, catalizadores de vida urbana y soporte (mediático, diríamos hoy) de los símbolos demostrativos del poder; de las murallas, ese elemento tan defensivo como simbólico, en la medida en que deslinda un «fuera» —el alfoz, lo extranjero— de un «dentro», el grupo, la identidad, la pertenencia; de las grandes propiedades cedidas al alto clero y la nobleza, expresión del *statu quo* mantenido con la Monarquía, esto es, prebendas y señoríos para aquellos a cambio del poder político absoluto para ésta. Resulta particularmente interesante y esclarecedor el análisis de las transformaciones que se producen sistemáticamente en la red viaria. En primer lugar, porque con su enfoque se desbarata el tópico de la desestructuración, de la falta de «logos» en la morfología de la ciudad islámica, como si sólo fuera producto de un «pathos», de unas tortuosidades que sólo encontrarán su justificación en arcanos argumentos de índole religiosa. El dédalo de callejuelas aparentemente desestructurado es esclarecido por Povedano cuando estudia la trama urbana relacionando los puntos focales de las puertas con los caminos territoriales que salen del recinto cruzando la ciudad y la posición de las piezas urbanas más significativas, mezquitas, alhóndigas, alcaicerías, etc. Coincide aquí el autor con el punto de vista del geógrafo Alfredo Rubio sobre la «tela de araña» descrita por Ibn al-Jatib: «Se trata de un espacio urbano no vinculado a las formas y flujos derivados de los modos de consumo actuales (...) pero no puede afirmarse con seguridad que su distorsionamiento, a los ojos de los urbanistas actuales y pasados, obedezca a una ausencia de legislación y a la simplicidad (?) del sistema cultural islámico, como señala Benévolo, sino que refleja una lógica y unos componentes culturales absolutamente diferentes, que no deben vincularse radicalmente a las prescripciones del Corán y que reflejan unos procesos de producción y consumo concretos». De estos componentes culturales distintivos Ruiz Povedano destaca uno que resulta determinante para explicar la singularidad del catastro islámico: la concepción, diametralmente opuesta a la cristiana, del sistema de propiedad y el deslinde entre lo público y lo privado. Los «darb», los «qürral», los adarves, etc, constituyen un complejo sistema de acceso a las viviendas en el que la frontera entre lo público y lo privado se desdibuja, confiriendo a la trama urbana una dimensión vitalista y capilar que aún hoy hemos podido constatar en las reminiscencias tipológicas de los barrios de Trinidad y Perchel, por ejemplo. La transición entre la calle, el zaguán y el patio supone un flujo, un espacio continuo en el que no se sabe bien donde acaba el dominio de lo público y donde empieza el de lo privado. Para los castellanos era distinto: las exigencias de representación del nuevo orden precisaba del escenario de la calle, es decir, de la presencia nítida de lo público y de la capacidad simbólica de las fachadas, elemento que representaba el orden,

el ornato y la norma. El plano de la Málaga cristiana se configura, pues, a la luz de este principio, en el que los adarves y fondos de saco se conectan en la unidad de una calle reconocible, las revueltas se rectifican y la tela de araña se compartimenta y se jerarquiza en busca de una nueva estructura y una nueva centralidad. Y así queda consolidada una ciudad que, desde entonces y hasta bien pasada la mitad del siglo xx, creció siempre sobre sí misma, sobre el perímetro de la antigua medina y sus arrabales. Los atirantados de calles de los repobladores cristianos preludian, con cuatro siglos de antelación, las aperturas viarias de la Málaga del xix, pasando por los escasos, pero significativos, intentos transformadores del urbanismo barroco. Toda transformación es funcional, pero también es simbólica, en tanto que refleja la voluntad de permanencia y trascendencia del poder. Queda meridiana-mente claro en este trabajo que los repobladores cristianos quisieron hacer una ciudad nueva, como lo demuestra la contundencia de su acción y el recurso al substrato teórico de los modelos de ciudad ideal propugnados por Francesc Eximenis y Sánchez de Arévalo, a la manera de las «*imago mundi*» renacentistas. Pero ya entonces, como luego con los intentos barrocos y los hausmannianos del xix, podemos constatar un hecho apasionante: por encima, o por debajo, de todas esas transformaciones urbanas, aflora siempre, con la tenacidad de un palimpsesto, la presencia indeleble de la Málaga musulmana. Es algo que aún hoy puede verse en la fisonomía urbana si sabemos mirar bien y si escogemos bien el ángulo. Pero sobre todo lo veremos mejor si sabemos mirar en nuestro interior. Esta extraordinaria tesis de José María Ruiz Povedano tiene el mérito de ser un trabajo bien hecho y de haber llenado algunas lagunas documentales e interpretativas. Pero una recreación tan vivida de un momento crucial de nuestra historia y de la construcción de nuestra ciudad acaba siendo un apasionante viaje al pasado que, trascendiendo lo científico, acaba alcanzando el aliento poético de esa mirada interior que permite conocernos un poco mejor a nosotros mismos.

*Salvador Moreno Peralta,*

Arquitecto

## INTRODUCCIÓN

«Más que cualquier otro universo de los hombres, el Mediterráneo, que es la prueba de ello, no cesa de contarse a sí mismo, de revisarse a sí mismo».

(Fernand Braudel, *El Mediterráneo*, 1989, 9).

EL 18 de agosto de 1487, Málaga fue incorporada por los Reyes Católicos a la Corona de Castilla. La ciudad conoció una humillante rendición, después de un largo asedio de 103 días, y sus pobladores sufrieron las consecuencias y un trato deshonroso (esclavitud, expolio de sus bienes, deportación, dispersión y diáspora). Posiblemente constituyó el más violento episodio militar de la Guerra de Granada y uno de los que alcanzó mayor notoriedad y eco internacional en el mundo de la época. Sin duda, tuvo una gran trascendencia en el desarrollo del conflicto bélico granadino, cambiando su rumbo y, con toda probabilidad, acelerando su final.

Málaga, a partir de aquel momento, experimentó un profundo cambio poblacional, en el modo de vida de sus nuevos habitantes, en las formas urbanas y en la manera de organizar la ciudad. Esa transformación significó una profunda ruptura histórica, tal como se ha querido poner de manifiesto en el título de libro. Una vez más la milenaria ciudad de Málaga renovó su vocación de frontera y encrucijada, pero, al mismo tiempo, de espacio de acogida de un nuevo pueblo y cultura que, como tantos otros, vino a superponerse a la amalgama de civilizaciones, fácilmente reconocibles en cualquier demolición —en algunos casos seguida de destrucción del yacimiento— que hoy por desgracia, con más frecuencia de la deseada, se realiza en el casco histórico de nuestra ciudad.

La ciudad, tras la deportación en masa de la población musulmana a los pocos días de la conquista, fue inmediatamente ocupada por cerca de 2.000 familias de pobladores cristianos. Procedían de los más diversos lugares de los reinos de la Península Ibérica, incluso de algunos otros estados de la Cristiandad occidental. La Corona planificó y dirigió un proceso

de repoblación, incentivando a las familias colonizadoras y siguiendo la metodología de aquellas viejas pautas desarrolladas en las ciudades de la Andalucía del Guadalquivir durante los siglos bajomedievales.

Los Reyes Católicos, sus oficiales y funcionarios, los poderes locales eclesiásticos y concejiles desplegaron un amplio conjunto de iniciativas encaminadas a organizar una *nueva ciudad* con una doble finalidad. Por una parte se pretendía asentar y avecindar aquellas nuevas familias repobladoras, mediante una atractiva política fiscal y de reparto de las propiedades (casas, tierras y otros bienes productivos). Por otra, se buscaba asegurar no sólo la puesta en producción de aquel nuevo territorio, sino también garantizar el dominio político y militar de Málaga, dado el importante papel que la Monarquía española le había asignado como ciudad y plaza fuerte dentro de la política de seguridad de este estratégico espacio del Mediterráneo Occidental. En este sentido se comprende el interés y la urgencia con la que los monarcas proyectaron y acometieron la profunda transformación poblacional y material de Málaga, reproduciendo aquí las mismas condiciones de vida urbana, de organización social y de relaciones de poder que en cualquiera de las ciudades del ámbito andaluz y castellano.

Probablemente, alguien podría pensar que este periodo de la historia local malagueña y las circunstancias expuestas ya deben de estar bastante estudiados y verdaderamente no es así. Quien se acerca a esta realidad, como aficionado o como investigador, sabe que aún se encuentra un enorme campo sin trabajar y un largo camino que recorrer por la investigación, hasta conseguir alcanzar un aceptable y completo cuadro de conocimientos. Resta aún por conocer en Málaga bastantes claves de información sobre la coyuntura histórica que marcó la transición de la ciudad al final del medievo y la llegada de la modernidad (el proceso de fijación de la población en este escenario emergente, las circunstancias que lo rodearon, la aparición y desarrollo de otras estructuras económicas y de poder, la consolidación de las relaciones de dependencia entre los diversos —y contrapuestos— grupos humanos, la interpretación de algunos acontecimientos y sucesos de la ciudad, etc.).

En la actualidad, afortunadamente la reconstrucción de la historia de Málaga no cesa de hacerse por parte de una amplia nómina de investigadores, historiadores y arqueólogos que nos permiten ir contando con una abundantísima producción historiográfica, de la que este trabajo se siente deudor, en buena medida, como puede verse en la recopilación de la nutrida bibliografía consultada y recogida al final del libro.

Continúan siendo referencias obligadas los trabajos pioneros de Francisco Guillén Robles y más adelante de Francisco Bejarano Robles, a quien hay que agradecer sobre todo sus inestimables ediciones de los *repartimientos*, o aquellos otros, de gran calado para la renovación de la investigación y de los estudios locales, que se inició con la modélica tesis de José E. López

de Coca, además de sus innovadores trabajos, que no tienen precio para cuantos hemos tenido la suerte de “beneficiarnos” de su magisterio y pretendemos continuar haciéndolo en el futuro. También otra importante aportación para la historia malagueña ha venido de la mano de Manuel Acién Almansa y del excelente grupo de arqueólogos formado bajo su dirección, pues la incorporación de los resultados de la arqueología urbana en los veinte años transcurridos ha permitido acrecentar la investigación malagueña y las perspectivas del conocimiento de la realidad material de la ciudad.

¿Cuál era la finalidad perseguida con este libro? He pretendido estudiar —y ampliar lo más posible— el conocimiento de la ruptura histórica producida en la ciudad durante aquellos años de transición. Al mismo tiempo, profundizar en los distintos planos y facetas de aquella incipiente vida urbana para conseguir una visión de conjunto más integrada y global acerca de lo que representó aquel importante cambio histórico para Málaga. Por consiguiente, nuestra investigación conllevaba el análisis de los distintos ámbitos de la *ciudad castellana* (poblacionales, sociales, económicos, urbanos y urbanísticos), desde la consideración de lo que supuso su superposición sobre la anterior realidad urbana islámica.

El trabajo perseguía en primer lugar definir el cambio social y poblacional de Málaga a raíz de su incorporación a la Corona de Castilla. Ahora, junto a la nueva soberanía y distintas formas del ejercicio del poder, los nuevos pobladores proyectaron su mentalidad, sus hábitos y su visión urbana sobre la ciudad, lo que difería diametralmente de la anterior realidad. Para saber el alcance de este cambio social y poblacional, resultaba imprescindible acometer el análisis sistemático del libro del *avecindamiento* malagueño que, pese a su publicación en 1985, permanecía aún sin estudiarse. Había muchos interrogantes sobre estos repobladores: *quiénes* eran, *de dónde* procedían, *cuál* era su extracción social, a *qué* categoría-perfil profesional pertenecían, *cuándo* llegaron, etc.

En segundo lugar, y como consecuencia del cambio poblacional, se buscaba constatar si condujo de manera irremediable al cambio del modelo urbano. La ciudad no permaneció inmóvil ni inalterable, sino que —ayer como hoy— vivió aquel histórico momento conforme a los intereses y exigencias de sus nuevos vecinos. Éstos trajeron a Málaga sus familias, sus ganados, sus pertenencias y profesiones, junto con una mentalidad y concepto vida y formas de sociabilidad, diametralmente opuestos a la realidad existente. Así, sus relaciones sociales, el uso y la ocupación del espacio doméstico y urbano se definió ahora en función de sus costumbres, hábitos y necesidades distintos a los de la ciudad islámica. Efectivamente esta *nueva sociedad urbana* provocó la transformación material de la *madina* malagueña, a través de adaptaciones flexibles y de reformas interiores, así como también de fuertes intervenciones en ciertos ámbitos urbanos.

No obstante, en los últimos tres años he podido redefinir la finalidad y objetivos de este trabajo, si bien actualizando buena parte de los mismos, dado que respondían al planteamiento investigador anterior desarrollado en mi tesis doctoral sobre *El concejo de Málaga a fines de la Edad Media*, defendida en la Universidad de Málaga en junio de 1985. De la tesis sólo se publicó la parte concerniente a las estructuras de poder y formas de organización de la ciudad, bajo el título *El Primer Gobierno Municipal de Málaga (1489-1495)* (en 1991 por la Universidad de Granada y el Ayuntamiento de Málaga). Había quedado sin ver la luz el primer capítulo de la tesis, donde abordé el proceso de cambio urbano a partir de los datos recopilados en distintas fuentes documentales, fundamentales para saber cómo se produjo la transformación de la estructura urbana de la *madina* y cómo apareció la nueva morfología y configuración de la ciudad cristiana.

En los primeros momentos consideré el proceso de cambio como un simple traslado de la experiencia de las ciudades de la Andalucía bética que ciertamente le influyó bastante: «Con la incorporación [del reino de Granada] a la Corona castellana a finales del siglo XV se produjo la integración de una densa red de ciudades —que eran a su vez cabeceras de los anteriores distritos musulmanes— a través de las cuales se operó la consolidación del dominio y, consecuentemente, la castellanización de aquellos territorios... Aunque a primera vista pudiera parecer muy semejante el proceso seguido por las ciudades granadinas al finalizar el siglo XV con el que ocurrió en las ciudades andaluzas en el segundo tercio del siglo XIII, no obstante hubo diferencias (...) Ambas partían de una base común, la tradición urbanística de la anterior etapa musulmana, cuya estructura y morfología configuraba y condicionaba ciertamente el marco de vida de la población cristiana asentada en ellas. Ahora bien, mientras en las primeras se produjo una remodelación lenta, pausada y, en algunos casos, sobre elementos secundarios del urbanismo de aquéllas, en las ciudades granadinas ocurrió todo lo contrario, ya que desde un primer momento se produjo una transformación, evidente en el espacio público y en el privado: (...) masiva ocupación de los núcleos de población, exigencias y demandas de nuevos servicios por parte de los pobladores, mayor intervención de los poderes públicos en estos asuntos y de una manera muy relevante la aparición de nuevas tendencias en la mentalidad y estética urbanas». La validez de este planteamiento inicial, bastante generalizado, exigiría hoy, quince años después, algunas matizaciones.

En la Historia, el trabajo de investigación, análisis e interpretación nunca está hecho del todo, ni se encuentra finalizado definitivamente, como ocurría con el inacabado velo de Penélope. Como bien afirma Fernando Braudel «la historia no es otra cosa que una constante interrogación de los tiempos pasados en nombre de los problemas y de las curiosidades —e incluso de las inquietudes y las angustias— del tiempo presente que nos rodea y asedia».

Por consiguiente, hemos tratado de que el presente trabajo no sea una simple continuación del iniciado en 1985. Ahora he renovado la “interrogación” modificando en parte el enfoque del anterior plan de la tesis y he introducido nuevos elementos en la investigación presente. Por una parte, he incorporado un nivel de información mayor al trabajo realizado hace quince años, tanto en aprovechamiento de archivos, como de la reciente historiografía. El cambio de las formas y funciones urbanas ocurrido en Málaga a finales del siglo XV exigía estudiar el nuevo modelo urbano desde una metodología diferente de trabajo y con unos criterios distintos, incluso abordarlos bajo un enfoque y orientación nuevos. Había que tener en cuenta las aportaciones de los historiadores franceses e italianos sobre la calle, el ámbito público y privado, la esfera de lo sagrado y lo profano, lo festivo y religioso, la limpieza y la salubridad, etc.

Por otra parte, aprovechando también la experiencia de otras disciplinas. Así el bagaje del urbanismo histórico ha permitido acometer un amplio ejercicio de reflexión de la nueva ciudad y de análisis de los instrumentos de ordenación y modificación urbana empleados. También nos hemos valido de las recientes y valiosísimas aportaciones de arabistas, historiadores del arte y arqueólogos para actualizar el conocimiento sobre Málaga como *ciudad islámica y castellana*. De forma destacada señalar el trabajo de Maribel Calero y Virgilio Martínez que representa una de las mejores propuestas historiográficas de edición de textos y fuentes escritas musulmanas, junto con la abundante y madura obra desarrollada por M.<sup>a</sup> Dolores Aguilar sobre arquitectura y ciudad, en gran parte referida a la Málaga mudéjar. También el espectacular desarrollo de la arqueología urbana en nuestra ciudad que, a partir de la ordenanza municipal de 1986 obligando a sondeos, excavaciones y vigilancias arqueológicas, ha multiplicado los hallazgos y la importante información sobre la realidad urbana de las ciudades del pasado.

En este sentido, la pretensión de *reconstruir* el proceso de configuración de Málaga en el tránsito del medievo a la modernidad nos obligaba a situar el análisis del objeto teórico —la ciudad, su morfología y estructura— en una dimensión y en una consideración temporal amplia. Así, la articulación del libro en tres partes diferenciadas trata de responder de manera sistemática a los principales interrogantes planteados sobre la configuración de la ciudad castellana de Málaga, desde el estudio de cómo era la *madina* malagueña, siguiendo por el proceso de cambio poblacional, funcional y material, hasta las grandes intervenciones de transformación urbanística a finales del siglo XV y principios del XVI, que supuso la aparición de un modelo y realidad urbana diametralmente distintos.

Utilizar el *método regresivo*, tal como lo recomienda Jacques Le Goff para el análisis urbano y urbanístico dentro de un proceso de larga duración, nos ha permitido estudiar de manera bastante aproximada las formas urba-

nas de Málaga, el perímetro urbano comprendido dentro de su muralla, la configuración de su parcelario y los asentamientos internos de su población. Pero, sobre todo, al aplicar esta metodología a las fuentes documentales empleadas, ha permitido reconstruir el proceso de *madina* a ciudad castellana operado en Málaga y conocer el alcance del cambio urbano y las principales líneas de reforma urbanística que se acometieron.

La primera parte del libro presenta cómo era la ciudad islámica de Málaga y cómo llegó a formarse: sus espacios y formas urbanas, sus distintos usos y funciones, su desarrollo y evolución, etc. La recopilación de numerosos datos e informaciones, recogidos siempre de forma selectiva y a manera de síntesis y estado de la cuestión, permite establecer con cierta fortuna buena parte de lo que se conoce hoy de la ciudad islámica y, en particular, de la *madina Malaqa*. Para ello hemos recurrido a las aportaciones historiográficas y estudios recientes de fuentes escritas y a las memorias e informes de la obligada investigación arqueológica en cuantas obras y edificaciones se han realizado en la ciudad.

La segunda parte del libro está concebida como puente con las otras dos. Es decir, intenta explicar el modo en que se produjo el tránsito de la *madina* a la ciudad castellana en el proceso de incorporación de Málaga en la Corona de Castilla, que se abordó en profundidad y desde perspectivas diferentes. De un lado, se precisaba saber cómo fue el cambio de soberanía —la violenta conquista y las consecuencias derivadas de ella— para comprender cuánta importancia tuvo en la inmediata organización de esta ciudad, exhausta y despoblada. De otro, interesaba identificar a los nuevos pobladores castellanos, protagonistas del cambio urbano y saber en qué medida lo condicionó. Por primera vez se estudia el proceso de repoblación de la ciudad y se reconstruye de forma conjunta la configuración social de su sociedad colonizadora: el asentamiento de 2.500 familias castellanas, el ritmo de llegada, los lugares de procedencia, geográfica y jurisdiccional (realenga o señorial), qué *status* socio-profesional y extracción social poseían esos pobladores, etc.

La tercera parte comprende el tema nuclear del libro, al que se accede como consecuencia de las dos primeras. ¿Cómo se produjo la transformación urbana de Málaga bajo dominio castellano?, ¿qué significación poseía? Este cambio de la ciudad física —de sus formas y espacios— fue impuesto por la Monarquía cristiana de los Reyes Católicos como un proceso de intensas reformas urbanas y urbanísticas emprendidas para adaptar la *madina* a las necesidades de sus nuevos pobladores. Pero, al mismo tiempo, implicaba un cambio simbólico, el triunfo de la Cristiandad sobre el Islam, que conllevó inevitablemente a la rápida aplicación del nuevo modelo de ciudad castellano en Málaga. Vivir una ciudad heredada y modificarla en simultáneo no resultó una tarea fácil para los vecinos ni para los poderes locales. ¿Qué alcance tuvo esta transformación del espacio urbano?

El tratamiento que recibió la *madina* osciló entre dos posiciones y tendencias extremas —continuidad o ruptura—, que en Málaga convivieron entre sí de forma equilibrada, en algunas ocasiones, y de renovación radical, en otras. Este proceso transformador respondió siempre a las funciones urbanas atribuidas y a las necesidades de sus habitantes. El plan de fuertes modificaciones urbanas apostó por una ruptura en profundidad de numerosos espacios, *habitats* y equipamientos heredados (sobre todo, los religiosos). Por el contrario también existió una tendencia a mantener a ultranza buen número de equipamientos, espacios y elementos urbanos, que fueron objeto de reformas internas. Así permanecieron las murallas, las defensas y fortalezas de la ciudad, junto con la trama urbana de la *madina*, su parcelario, la red de viales, calles y puertas, algunas infraestructuras y servicios públicos (suministro de agua, saneamiento, pavimentación), etc.

Pero, donde la acción promotora de la ciudad castellana se hizo más patente, fue en las fuertes intervenciones de ruptura urbana, que provocaron un amplio panel de cambios urbanos en la *madina*. Fundamentalmente, hubo una modificación del anterior concepto del espacio islámico. La ciudad castellana de Málaga, en coherencia con los principios y criterios de la formación social cristiana, se configuró sobre nuevos criterios y principios de actuación que rompían la concepción jurídica de la propiedad islámica y la herencia del parcelario urbano y del hábitat doméstico, fuertemente condicionados por el derecho musulmán. En consecuencia, la mayor necesidad de habitación de los pobladores castellanos provocó una densificación del espacio urbano, de manera que la ocupación del perímetro heredado se completó de forma inmediata y produjo una ampliación del suelo urbano extramuros. Simultáneamente, el modelo de ciudad castellano alteró la trama urbana y su viario, así como modificó la fisonomía de la ciudad mediante la ejecución de una arquitectura viaria por ordenanzas municipales que proyectaron el «ennoblecimiento» de las principales calles de Málaga.

Por último, además de responder a los modelos teóricos de la ciudad medieval cristiana —Francesc Exímenis o Francisco Sánchez de Arévalo—, las autoridades regias y municipales utilizaban los mismos criterios de ordenación y de práctica organizativa del espacio urbano como en cualquier ciudad castellana y andaluza de la época. Por consiguiente, Málaga se desprendió de gran parte de la imagen anterior de la *madina*, incluso también de la tópica uniformidad del espacio islámico, de manera que ahora su apariencia material resultaba heterogénea y su realidad urbana más contrastada, consecuencia en parte de los nuevos usos y funciones atribuidos a la ciudad por los poderes regios y el concejo.

Este cambio se manifestaba no sólo en el ambiente, sino también en la forma de distribución y asentamiento de la población en el espacio urbano. Málaga ahora proyectaba la imagen de *varias ciudades* que coexistían al

mismo tiempo dentro de ella. Había una separación física y segmentación urbana, incluso una segregación social de su población por barrios y circunscripciones, siguiendo los criterios étnico-religiosos o las exigencias productivas. Así es como aparecieron en las collaciones o parroquias —en realidad, barrios residenciales de la mayoritaria población cristiana— diferenciados de los otros barrios residenciales de las minorías étnicas, la judería y la morería. Al mismo tiempo se configuró una singular *sociotopografía* urbana, formada por los barrios productivos, mercantiles y artesanales, separados de aquellos otros barrios, dedicados casi exclusivamente al intercambio, si bien andando el tiempo terminarían incrustándose en el tejido urbano como calles-mercado, cuyo recuerdo fosilizado aún persiste en la toponimia de Málaga, manteniendo el nombre de oficios y profesiones.

Toda esta reflexión e investigación, concebida a manera de viaje sobre el pasado malagueño, siempre ha estado fundamentada en fuentes documentales, que informan de estos grandes cambios que proyectaron la realidad urbana de la Málaga castellana, en unos casos mostrándonos hasta los aspectos más pormenorizados, y en otros apenas si nos han permitido escudriñar la modificación del nuevo escenario. Los fondos documentales procedentes de las diversas secciones del Archivo General de Simancas y, sobre todo, los de los Archivos Catedralicio y Municipal de Málaga nos aportan un abundante causal de información novedosa sobre los asuntos y temas propuestos en nuestro trabajo, sin olvidar las numerosas referencias de viajeros, geógrafos, escritores y cronistas musulmanes y cristianos que nos ilustran y transmiten múltiples descripciones de la Málaga medieval. Además se han utilizado los recientes estudios de arqueología urbana de Málaga para constatación o ampliación de los datos aportados por los textos y documentos. También el libro cuenta con un tratamiento gráfico que pretende complementar el estudio urbano: planos de la ciudad, planos de sus barrios y arrabales, algunos grabados del siglo XVI, referidos a panorámicas urbanas, espacios o monumentos de la ciudad, así como una selección de fotografías actuales sobre algunos restos materiales y urbanos de la Málaga islámica y cristiana que han llegado a nosotros.

Finalmente, este libro, como cualquier obra humana, tiene sus límites y probablemente también tendrá sus errores. Anticipadamente, pido disculpas y benevolencia al lector, aunque puedo asegurarle que la dedicación a recuperar la memoria de los malagueños y la imagen urbana y patrimonial de nuestra ciudad ha estado guiada por la honestidad personal y la vocación de aprendiz del oficio de historiador.

Aunque la existencia de un apartado de agradecimientos pueda parecer convencional y tópica en un libro, no por ello quiero dejar pasar la ocasión de reconocer sinceramente las ayudas, apoyos y débitos intelectuales que este libro ha recibido y agradecerlo públicamente. En primer lugar,

agradezco la participación de quienes me han honrado y precedido en la siempre difícil tarea de introducir la obra: tanto la afectuosa *Presentación* de Rosario Torres Ruiz, Delegada Provincial en Málaga de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, como el reflexivo y penetrante *Prólogo* de Salvador Moreno Peralta, sabio arquitecto y «amigo» de la Sociedad de Amigos del País de Málaga. Con ambos comparto sentimientos de amistad e ideas librepensadoras, y sobre todo su compromiso de convertir Málaga en un especial espacio de la Cultura.

Igualmente, en la elaboración y en la presentación material de este trabajo he tenido la suerte de contar con valiosas colaboraciones a las que quiero agradecer y expresar mi profunda gratitud. A Felipe Pajares Ladrero, amigo y compañero en las lides históricas, por su inestimable ayuda en la elaboración de cuadros, gráficas e ilustraciones y, sobre todo, por las excelentes fotografías del libro. A José M.<sup>a</sup> Ruiz Utrera, mi hijo, por su cariñoso esfuerzo en la búsqueda, selección, tratamiento informático y reproducción de planos, dibujos, grabados y materiales gráficos. También agradecerles al director y facultativos del Archivo de Simancas, a los directores y trabajadores de los Archivos locales (Catedralicio, Municipal de Málaga, Díaz de Escobar, Diputación-Fondos de Juan Temboury) y en particular a Rafael Bejarano, M.<sup>a</sup> Pepa Lara, Trini García Herrera, María Sánchez y Manuel Molina, por sus atenciones y por facilitarme el trabajo en todo momento.

Acabo los agradecimientos expresando mi reconocimiento y profunda gratitud a quienes han sido —y continúan siendo hoy— mis acreedores en el campo de la investigación histórica. A José Enrique López de Coca, mi maestro ahora igual que hace veinte años cuando era director de tesis. A mis compañeros de la Universidades de Granada y Málaga, miembros del grupo de investigación «*Fuentes del Reino de Granada*» de quienes he recibido orientaciones, estímulos y apoyos para retomar la línea investigadora (Pedro Arroyal, Rafael G. Peinado, Ángel Galán, Esther Cruces, Rafael Gutiérrez...). A todos, muchas gracias.

Málaga, 18 de enero de 2001.



Quiero expresar y agradecer el interés mostrado por la Editorial de la Universidad de Granada para publicar este libro, que tanto le debe a su directora Maribel Cabrera y al director de la Colección Historia don Rafael G. Peinado.

Esta segunda edición de *Málaga, de musulmana a cristiana* mantiene el texto original, con algún cambio en su configuración material (notas del aparato crítico van ahora a pie de página; las fotografías, grabados e imáge-

nes van en un cuadernillo en color, etc.). La acertada y sabia «industria» de la Editorial de la Universidad y de la Fundación Pública Andaluza El legado andalusí nos permiten contar con esta cuidada edición, bien presentada. De nuevo muchas gracias a los directores, técnicos y colaboradores por mejorar este libro, a los que felicito por hacer un trabajo de tanta calidad.

Diciembre de 2017

José María Ruiz Povedano

Primera parte

MÁLAGA, CIUDAD MUSULMANA

# I. APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE MÁLAGA MUSULMANA

«(...) fallamos que fue poseída por los moros  
sietecientos e setenta años, desde el día que  
la ganaron fasta este día que la perdieron»<sup>1</sup>.

No resulta una tarea fácil reconstruir la historia del Islam en Málaga que, por otra parte, no es el fin de este trabajo. Desde el punto de vista de la historiografía, el nivel de conocimiento sobre Málaga musulmana ha sido insuficiente, con las honrosas excepciones de las obras de Francisco Javier Simonet<sup>2</sup> y Francisco Guillén Robles<sup>3</sup>. Con toda probabilidad, este laconismo informativo se deba, entre otras razones, a la escasez de fuentes musulmanas escritas que han llegado a nuestros días y, por consiguiente, a cierto olvido y desapego de una parte de la investigación histórica. También hubo —aún lo hay— cierta displicencia y abandono en la conservación de la traza urbana y de los vestigios monumentales de la *madina*, los verdaderos testimonios de la cultura material de aquella civilización.

Leopoldo Torres Balbás<sup>4</sup> afirmaba —hace ahora 65 años— que la huella islámica en Málaga se reducía a unos cuantos trozos de decoración de yeso, a la puerta de las Atarazanas y a las ruinas militares y palaciegas de la Alcazaba-Gibraltar. Toda una declaración que constituía la mejor expresión del abandono y desaparición de cualquier rastro en la memoria histórica de los malagueños de aquel periodo que duró casi ocho siglos.

Sólo parecía interesar la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos, referencia obligada de cuantos escribieron sobre su historia<sup>5</sup>, incluso hasta llegar a la saturación, como ocurrió en 1887, con motivo de la celebración del IV Centenario de la conquista de Málaga<sup>6</sup>. La consolidada burguesía

1. Pulgar, 1943: 335.

2. 1861 y 1881.

3. 1880 y 1957, ésta última reedición crítica de la Escuela de Estudios Árabes de Granada.

4. 1934: 349.

5. Véase Roa, 1662; Medina Conde, 1789-1793; Guillén Robles. La ruptura histórica que inspiró la conquista de Málaga promovió numerosos estudios y una particular producción literaria historiográfica. Véase al respecto el trabajo de Chavarria Vargas, 1987.

6. Con Prólogo de Simonet se publicó en 1887 y 1888 la *Crónica de las fiestas celebradas en la ciudad de Málaga (...) con motivo del IV Centenario de la gloriosa Reconquista de*

malagueña, consciente de su poder y dominio, no dudó en manipular la historia con la intención de exaltar sólo aquella parte del pasado que le sirvió para conformar los valores de su ideología dominante. De aquel centenario nos llegó una serie de publicaciones sobre el episodio militar de la conquista, en su mayor parte obras muy desiguales y de escaso valor literario<sup>7</sup>.

Afortunadamente, desde mediados del siglo XX ha cambiado el escenario de estudio de la Málaga musulmana, sustancialmente gracias al avance investigador de arabistas e historiadores de la joven universidad malagueña<sup>8</sup> y, sobre todo, al despliegue de la arqueología urbana<sup>9</sup>. Hoy se cuenta con una abundante producción historiográfica para el conocimiento de la evolución y desarrollo urbano de Málaga como ciudad de *al-Andalus*. Prueba de esto se encuentra en la bibliografía del presente libro, donde junto a los clásicos y tradicionales estudios de Leopoldo Torres Balbás se han recogido los numerosos y renovados trabajos de arabistas, arqueólogos e historiadores en los últimos tiempos<sup>10</sup>.

---

*los Reyes Católicos (...)* (Biblioteca Municipal de Málaga, sección 3, núms. 84 y 128). Elias de Mateo Avilés (1987), quien analizó el clima de entusiasmo ciudadano con motivo de la conmemoración de la conquista, junto con las actividades históricas, literarias y artísticas, promovidas por las principales instituciones culturales de la ciudad, incluida la prensa local, para despertar el sentimiento de identidad y orgullo malagueño.

7. Entre otros, Murciano, 1887; Rochel, 1887; Arco y Molinero, 1888; Díaz de Escobar y Urbano Carrere, 1888. Asimismo, unos apuntes históricos sobre la «reconquista» atribuidos a Díaz Escobar, publicados en la prensa local (Biblioteca Municipal de Málaga, sección 3, n.º 180).

8. Se han realizado más de 70 intervenciones arqueológicas en la ciudad de Málaga, desde 1983, según Sauret Guerrero, 1999: 269.

9. Entre los recientes impulsos historiográficos sobre Málaga, destacan los siguientes trabajos: la *Málaga, ciudad de al-Andalus* de los profesores Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995; la obra de urbanismo y patrimonio de la ciudad, coordinada por Sauret Guerrero, 1999; la importante aportación de la arqueología urbana y cultura material, realizados por Ación Almansa, 1978, 1986, 1989, 1991 y 1994, y por algunos miembros de su equipo (Peral Bejarano, Castillo, Martínez Madrid, Fernández Guirado, etc.), presentados en la revista *Mainake* y *Anuario Andaluz de Arqueología*, donde se recogen estudios, informes y notas de éstos, así como de otros arqueólogos malagueños.

10. Aún a riesgo de olvidar algunas de las importantes aportaciones realizadas por el arabismo del pasado y del presente siglo, cuyos trabajos se citan en la bibliografía cabe señalar a García Gómez, Asín Palacios, Lévi-Provençal, Seco de Lucena, Arié, Cressier, de Epalza, Viguera, etc. También conviene destacar las aportaciones realizadas desde la arqueología e historiadores del arte y cultura material (Torres Fontes, Puertas Tricas, Pavón Maldonado, Aguilar García, Ación Almansa...) Y, sobre todo, el impulso historiográfico realizado desde el campo del medievalismo (Melis, Heers, Airdi, Ladero, López de Coca, Peinado Santaella, Malpica, López Beltrán, Galán Sánchez, Cruces...). Por último destacan los trabajos de síntesis y difusión realizados por Ación Almansa y J. E. López de Coca, 1984 y 1994; Arié, 1987a y 1992; y los distintos trabajos coordinados por Viguera Molins en los volúmenes de la *Historia de España* Menéndez Pidal, 1994 y 1997.

## UN LENTO PROCESO DE ISLAMIZACIÓN

Málaga sobrevino a la Historia hace aproximadamente unos 3.000 años. A partir de la antigüedad tardía, conoció un amplio periodo de tres siglos, que coincidieron con una decadencia generalizada con la germanización y fin del Imperio Romano, el breve paréntesis del Imperio Bizantino y la tardía visigotización del territorio<sup>11</sup>.

La imagen de una Málaga bizantina y visigoda, constreñida en su condición de *urbs* decadente, responde al fenómeno de continuidad urbana en la Península Ibérica a partir del s. V, como señaló en su día José M.<sup>a</sup> Lacarra<sup>12</sup>. Esta función de ciudad nos testimonia cómo Málaga aún fue centro económico, administrativo y eclesiástico de un amplio territorio<sup>13</sup> sobre el que añadió funciones militares, incluso, de una forma accidental, al convertirse en capitalidad de la *Spania* bizantina<sup>14</sup>.

Málaga cumplió dentro de la provincia Bética, en opinión de Rafael Puertas Tricas, el papel político y estratégico que le confería su situación costera y ser un lugar codiciado «tanto de bizantinos como de visigodos. A la vez era cabeza de una provincia, que no se correspondía con la actual, sede de una diócesis con obispos importantes que asisten a reuniones conciliares y ceca monetaria. Preludia así lo que serán las futuras ciudades medievales europeas, incluso con sus murallas y castillos, destruidos por el rey visigodo Leovigildo con motivo de la toma de la ciudad»<sup>15</sup>.

La historia musulmana de Málaga se inició con la llegada del Islam a la Península. Pero si su incorporación al dominio árabe fue inmediata, su islamización fue un proceso largo de adaptación en profundidad del territorio y la ciudad, así como de los pobladores de las diversas etnias que desde entonces la «cohabitaron» (hispano-visigodos, hebreos, así como los recién llegados árabes y bereberes). Las fuentes para su estudio comenzaron a ser más frecuentes y numerosas<sup>16</sup>.

11. Puertas Tricas, 1996: 131-159.

12. 1971: 25-89.

13. «Con la crisis de *Gades* y de otros núcleos costeros el principal centro económico y administrativo de la costa bética se trasladó precisamente a *Malaca*», afirma Gozálbes Cravioto, 1996: 318.

14. Thompson, 1983: 365-383.

15. Puertas Tricas, 1996: 134. Málaga, al igual que le sucedió a otras ciudades de la Hispania bizantina, «fueron totalmente destruidas al ser ocupadas por los visigodos», como decía Lacarra, 1971: 28-89. Además de los anteriores trabajos para este periodo puede verse Vallejo Girves, 1996; y Llobregat, 1991.

16. El estado de la cuestión historiográfica sobre fuentes musulmanas en Málaga en Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 24-52.

¿Cuándo y cómo se produjo la conquista de Málaga por los musulmanes? Cabe una doble posibilidad<sup>17</sup>, según sigamos los *Ajbar Machmua* o a Ibn Askar, o bien la ciudad fue conquistada en el 711 por un destacamento enviado por Tariq<sup>18</sup>, o bien lo fue en el 713 por Abd al-Aziz<sup>19</sup>.

La conquista trajo importantes cambios en el poblamiento de la ciudad, ya que los conquistadores árabes la ocuparon y se apoderaron de ella, con gran pasividad de los hispano-visigodos que permanecieron en la ciudad bajo el estatuto de *dimmiés*, gozando de la protección islámica y pagando la capitación, lo que les permitió mantener su religión y su derecho (*forum iudicium*). Sin embargo, la mayor parte huyeron y se refugiaron en los Montes de Málaga, donde vivían en estratégicas fortalezas (*busun*), detectadas hoy por la arqueología como pequeños poblados<sup>20</sup>.

La conquista no supuso la islamización inmediata de la ciudad. Los conquistadores árabes yemeníes (*yundíes*) y bereberes buscaron inicialmente el dominio de Málaga, sin duda por su carácter de centro administrativo y cabecera del territorio, a efectos de control político, económico, fiscal... En la transición de *civitas* a *madina*<sup>21</sup> mantuvo su rango de sede episcopal, principal testimonio de su condición urbana, si bien con una categoría secundaria<sup>22</sup>.

La despoblación de la ciudad había comenzado siglos antes, como pone de manifiesto el registro arqueológico de la Plaza de la Marina sobre la decadencia de las actividades urbanas y portuarias<sup>23</sup>. Hay una islamización temprana de la ciudad, aún débil, como lo prueban dos hechos. La

17. Lévi-Provençal, 1990: 20.

18. Siguiendo el testimonio de los *Ajbar Machmua*, «el destacamento que fue hacia Rayya la conquistó, y sus habitantes huyeron a lo más elevado de los montes», según Acién Almansa, 1994: 180.

19. Ibn Askar cuenta cómo el hijo de Musa, tras conquistar Tudmir (Murcia), se dirigió a Ilbira y Granada y «después fue a Málaga y la sitió (...) los musulmanes tomaron al asalto la ciudad y cogieron un gran botín». Pero, al acabar su relato, Ibn Askar introduce un nuevo dato, que nos pone en evidencia el papel desempeñado por Tariq en la conquista de Málaga, fuese ésta en el 711 o en el 713: «Se dice que fue Tariq el que mandaba el ejército que conquistó Málaga. ¡Dios lo sabe!». Citado por Acién Almansa, 1994a: 180.

20. La población mozárabe malagueña permaneció en los Montes de Málaga hasta el siglo XII (Lévi-Provençal y García Gómez, 1980: 39-40 y 57). Ibn Hayyan en su *Muqtabis* nos ha dejado espléndidas descripciones de la forma de vida de estos mozárabes —«*todos sus habitantes eran cristianos, sin un solo musulmán*»—, y nos señaló cuáles eran sus fortalezas (*Husun*): Jotrón, Comares, Santón Pitar y Sedella. Véase Acién Almansa, 1994a: 192.

21. Una aproximación a este proceso general de transición puede verse en Llobregat, 1991: 189-188; y Gutiérrez Lloret, 1993.

22. Se conoce el importante papel de colaboración prestada al emirato cordobés por Ostégesis, el obispo de Málaga (López de Coca, 1987: 147).

23. Acién Almansa, 1998: 178.

construcción de la mezquita de Mu‘awiyya b. Salih al-Himsi en la Alcazaba, considerada por alguno como un acto de «islamización literaria»<sup>24</sup>, y un incipiente desarrollo artesanal del que da fe un alfar de cerámica vidriada de lujo, descubierto recientemente en la calle Especería<sup>25</sup>. Estas primeras funciones y población árabe yemeníes se concentraron en la Alcazaba, principal punto de defensa de la comarca y con proximidad al mar.

Este proceso de postergación de Málaga continuó durante el periodo de ciudad emiral (siglos VIII y IX), coincidiendo con lo ocurrido en otras ciudades musulmanas del levante y del sudeste peninsular<sup>26</sup>. Málaga comenzó su plena islamización a finales del emirato, a raíz de la intervención de Muhammad I<sup>27</sup>.

La islamización de la sociedad indígena formó parte de un proceso lento, más allá de la simple conversión islámica, que implicaba la «desintegración de normas sociales de la etapa visigoda y su sustitución por las islámicas»<sup>28</sup>. En Málaga, se ha comprobado cómo la Iglesia, a través de su jerarquía que había permanecido intacta, colaboró en reforzar el Estado islámico<sup>29</sup>.

El triunfo pleno del sistema islámico tuvo lugar en Málaga durante el Califato<sup>30</sup> y significó una profunda modificación de las condiciones sociales y económicas de sus habitantes y del territorio mediante «un nuevo esquema de poblamiento (...) con el florecimiento del artesanado y del comercio, así como de una agricultura intensiva con base en el regadío»<sup>31</sup>. Ángel Galán,

24. Martínez Enamorado, 1991-1992. También Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 206. Por el contrario, Ación Almansa defiende ser el primer paso de islamización de la ciudad (1991 y 1994: 186). Un dato interesante sobre su islamización, pero difícil de comprobar en la historia urbana de Málaga es la fundación de su Mezquita Aljama por Muhammad I, señalada por Lévi-Provençal, 1963: 252, n. 16.

25. La producción de este alfar tuvo gran difusión y coincide con la cerámica encontrada en Cártama y Bezmiliana, según Ación Almansa, 1994a: 186.

26. Llobregat, 1991: 188.

27. Lévi-Provençal, 1963: 252, n. 16. Ibn al-Jatib indicaba la intervención de Muhammad I en Málaga y le atribuyó el programa urbano de su configuración como una *madina*. (Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 182).

28. Ación Almansa, 1994: 189.

29. *Ibid.*, 189-190. Sobre la Iglesia, los mozárabes y el papel del Obispo Ostégesis, véase Guillén Robles, 1980: 39-49.

30. Al igual que en otras ciudades peninsulares, «el renacimiento de la mayor parte de las ciudades que vivieron en época romana y visigótica (tras sufrir un cierto eclipse en el primer y segundo siglo de la islamización, comenzará con la consolidación del califato)» (Llobregat, 1991: 188).

31. Ación Almansa, 1994: 205. La reactivación, según Torres Balbás, fue más tardía, «a fines del reinado de Abd al-Rahman III y en los comienzos del de su hijo al-Hakam II, (...) alcanzó notable acrecentamiento» (1970: 11).

no obstante, sugiere el modelo de conversión al Islam de R. Guillet, que permite «considerar una islamización prematura de Málaga, en un entorno con amplios grupos de población mozárabe [lo que] es perfectamente pertinente»<sup>32</sup>.

De esta manera, Málaga, según la descripción de Ahmad al-Razi, se nos presenta como una confortable ciudad musulmana, amurallada, con una variada agricultura, marítima y portuaria:

Málaga es una ciudad antigua, situada sobre el mar; con un territorio rico en cultivos, en viñas y árboles diversos. Allí se preparan las mejores pasas del mundo, las cuales se conservan durante mucho tiempo. Es una ciudad muy agradable y hermosa, así como su distrito. Sus habitantes viven muy cómodamente. Se encuentra entre las ciudades de la costa y sus murallas brillan sobre el mar. Su puerto es uno de los mejores del mundo para el tráfico y está frente a la tierra del país de los bereberes, Ceuta<sup>33</sup>.

Sin duda, estas nuevas funciones urbanas de Málaga confirmarían cierta jerarquía y le añadiría el desplazamiento de capitalidad de la *kura* a Archidona. Además, la presencia de cargos de representación estatal respaldaron la importancia urbana que adquirió Málaga, ya que éstos eran de exclusividad ciudadana: el *cadí* o juez musulmán y el gobernador, que residía en la Alcazaba y cuyo nombramiento se hizo casi anual.

Durante el siglo x, el distrito de Málaga conoció una nueva organización del espacio que perduró, con ligeras variantes, hasta la conquista castellana. Se caracterizó por un doble fenómeno: el incremento de la población urbana de Málaga y la bajada de los pobladores desde los montes al llano<sup>34</sup>, con la aparición de los «distritos cástrales» en la *kura* de Rayya, donde, además de los antiguos *husun*, ahora se configuraron las alquerías<sup>35</sup>.

32. Galán Sánchez, 1999: 240.

33. Reproducida y publicada por Calero Secall y Martínez Enamorado (1995: 28), quienes ofrecen datos sobre el cronista Ahmad al-Razi y su obra (*Ibid.*, 28, nota 46).

34. Un magnífico testimonio de este fenómeno nos lo transmite Ibn Hayyan en su *Muqtabis*: «luego envió a los oficiales con diversos contingentes a todas las fortalezas de la *kura* de Rayya, con orden de destruirlas todas, derribar sus muros y destruir sus alcazabas, quitándoles los cimientos y dispersando sus piedras, y obligando a sus moradores a bajar al llano y habitar en él en alquerías, como lo habían hecho cuando pertenecían a la comunidad. Así lo ejecutaron cumplidamente, con la ayuda divina (...) de modo que la *kura* de Rayya, donde había habido tanta inexpugnable fortaleza, pasó a ser un solo y sólido llano (...)». Citado por Ación Almansa, 1994: 216.

35. Véanse Arjona Castro, 1982; Ación Almansa, 1989 y 1992.

## MÁLAGA, CABEZA DE PUENTE ENTRE AL-ÁNDALUS Y EL NORTE DE ÁFRICA

En 1016, Ali ibn Hammud, desde Ceuta, «cruzó el Estrecho (...) y llegó a Málaga. Salió a su encuentro el wazir ‘Amir que le entregó la Alcazaba y le reconoció»<sup>36</sup>. Luego, se dirigió a Córdoba, donde se proclamó califa. Después de éste, distintos miembros de la dinastía hammudí alcanzaron la dignidad de califa y la detentaron fugazmente en una guerra civil incesante, que marcó la progresiva descomposición y, finalmente, la desaparición del califato de Córdoba.

De este modo, bajo la dinastía de los hammudíes, señores de Málaga, la ciudad se convirtió en capital de un efímero reino independiente hasta su desaparición en 1057, cuando fue conquistado por los ziríes granadinos<sup>37</sup>. Primero, durante el califato hammudí, y después, tras su desaparición, el protagonismo de Málaga fue en aumento y así se consolidó como gran ciudad, desde todos los puntos de vista —político, económico, cultural y urbanístico— que ahora proyectaría su capitalidad más allá del espacio de su anterior distrito.

¿Cuál fue el motivo de este impulso urbano? Posiblemente no le falte razón a Haim Beinart, cuando afirma que en Málaga no era difícil encontrar cosmopolitismo, tolerancia, ambiente abierto de convivencia, a pesar de la complejidad de su poblamiento. Incluso se lo atribuyó a «su calidad de punto de reunión de diferentes culturas»<sup>38</sup>. En el siglo XI, el abigarrado vecindario malagueño lo formaban musulmanes de muy distinta procedencia, sobre todo, norteafricana a raíz de la llegada de la nueva dinastía, algunas comunidades mozárabes que vivían en la ciudad y en sus inmediaciones<sup>39</sup>, y además una activa y culta comunidad hebrea en la que sobresalió Ibn Gabirol<sup>40</sup>.

36. Tras desembarcar en Málaga, depuso a ‘Amir b. Fatuh, último gobernador califal por al-Mustain (Ación Almansa, 1994a: 216 y 221). Existen dudas sobre la fecha (1015 ó 1016), así como sobre la actitud del citado gobernador de Málaga (Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 334-335).

37. Sobre los Hammudíes en Málaga existe una abundante bibliografía: Codera y Zaidín, 1877 y 1903; Seco de Lucena, 1955; Ación Almansa, 1984; López de Coca, 1980 y 1996; Viguera Molins, 1992, 1994a y 1994b.

38. Beinart, 1973: 9. En idéntico sentido, Arié señala que pese al hundimiento del Califato, continuó la actividad cultural en los reinos de taifas, donde Málaga ocupaba un lugar preferente como centro de creación intelectual (1982: 342 y 359).

39. El registro epigráfico transmite epitafios e inscripciones de algunos cristianos que poblaban Málaga y los Montes inmediatos: el abad Amansuindo (fallecido en 982) —hoy desaparecida—, el presbítero y cantor Samuel (958) y un obispo en 1010 (Torres Balbás, 1970: 11).

40. Una aproximación a este ilustre personaje, desde diversos puntos de vista, se realizó en Málaga mediante un ciclo de conferencias, publicadas posteriormente en 1973 como *Seis conferencias en torno a Ibn Gabirol*.

Málaga, durante esta primera mitad del siglo XI, es una ciudad laboriosa, tolerante, bulliciosa y muy divertida, como testimonia Ahmad al-Yunani<sup>41</sup>, durante su estancia en Málaga (1015), quien cuenta, entre tono de lamento y de admiración, la manera de divertirse de los malagueños al llegar la noche: «oíase alrededor de mi casa el batir incesante de cuerdas de laúdes, de tumbures y liras por todas partes; se oía también cantar en mezcla confusa muchas canciones».

Al encontrarse enfermo, al-Yunani reconocía que, aunque hubiera querido buscar una casa en la que no oyera ruidos, hubiera sido tarea imposible «porque la gente de esta tierra está dominada enteramente por esa afición y es generalísimo ese gusto». Incluso, dejó testimonio en su relato de una primitiva *zambra malagueña*<sup>42</sup>.

La conquista de Málaga por los ziríes de Granada obedeció a una razón estratégica<sup>43</sup>: la amenaza y expansionismo de los abbadíes sevillanos que pretendían acabar con los hammudíes e incorporar su reino a Sevilla. Sin embargo, en 1056 ó 1057<sup>44</sup> se les adelantó Badis ibn Habus y anexionó Málaga al reino granadino, desterrando a los hammudíes al Norte de África, como lo explicaba su nieto ‘Abd Allah, último rey zirí, en sus *Memorias*<sup>45</sup>.

No obstante, Málaga volvió a ser objeto de numerosas disputas entre los distintos reyes de taifas, a los que ‘Abd Allah llamaba «*voraces sultanes de Al-Andalus*». Más adelante, tras una sublevación de los malagueños, la ciudad llegó a ser arrebatada temporalmente en 1066 por al Mu‘tadid, el rey abbadí de Sevilla, quien «*reunió tropas y armó escuadras contra Málaga y ancló en su puerto*». Pese a tener el apoyo y la «connivencia» de los malagueños, las

41. Este relato-testimonio ha sido traducido por Ribera, y reproducido por Torres Balbás, 1970: 11-12; también por Sánchez Albornoz, 1974: I, 538-540.

42. «Un gran jardín y en su centro una reunión de veinte personas, reunidas para beber. Estaban todos en fila y delante tenían licores, fintas y dulces; las acompañaban varias esclavas tañedoras de laúdes, tumbures y otros instrumentos, tales como flautas. La esclava cantora estaba sentada aparte, con el laúd apoyado en el seno (...)». La esclava cantora era natural de Bagdad, formaba parte del grupo de cantoras que tenía a su servicio Almanzor Ben Amir, hasta que murió y fue vendida a un alto dignatario de Málaga, donde la conoció al-Yunani, según cuenta en su relato (Sánchez Albornoz, 1974: I, 538-540).

43. Acíen Almansa, 1994a: 224-228. Además, sobre esta etapa de dominio de los ziríes en Málaga, consúltese, entre otros trabajos: Idris, 1964; Terrasse, 1965; Viguera Molins, 1992.

44. Unos señalan el año 1057, como Seco de Lucena, 1955: 49. Los editores de las *Memorias de ‘Abd Allah*, Lévi-Provençal y García Gómez señalan, en su Introducción y Estudio, que Badis conquistó Málaga, depuso a los príncipes hammudíes y los desterró a África, en el año 449/1057, siguiendo los *Analectes* de al-Maqqari (1980: 31, nota 24). Calero Secall y Martínez Enamorado señalan el año 1056 como fecha más precisa, según la *Marqaba* y la *Ihata* (1995: 341, nota 62).

45. Traducción, introducción y notas de Lévi-Provençal y García Gómez, 1980.

tropas sevillanas bajo el mando de su hijo al-Mu‘tamid<sup>46</sup>, fueron rechazadas y se afianzó el dominio de los ziríes sobre esta ciudad y su territorio.

Los ziríes utilizaron Málaga en beneficio exclusivo, al margen de los restantes Sinhaya, vinculándola a su propia familia. Posiblemente quizá esto explique aquella frase de ‘Abd Allah: «a partir del momento en que tomó Málaga ya no tuvo mi abuelo otra ambición»<sup>47</sup>. Badis llevó a cabo un amplio programa de obras de fortificación militar, sobre todo, de su Alcazaba, con la finalidad de «convertirla en un refugio seguro donde resistir mientras pudiese o, si no, en un apeadero desde el cual pasar, con su familia y sus riquezas, a las tierras de Berbería donde reinaban sus primos los ziríes africanos», según confesaba su propio nieto ‘Abd Allah<sup>48</sup>.

Igualmente, para garantizarse su poder personal en Málaga, como afirma Manuel Acién<sup>49</sup>, ésta «será gobernada por clientes adictos, como el esclavo al-Naya; por *qadíes* malagueños, como Ibn al-Hasan al-Nubahi, también de los Banu l-Hasan, o por príncipes de la propia dinastía, tal como Buluggin Sayf al-Dawla, presunto heredero de Badis, o el nieto de éste y último régulo de la ciudad, Tamim». La presencia zirí en Málaga se prolongó varias décadas más<sup>50</sup>, hasta su caída en poder de los almorávides, quienes, dirigidos por Yusuf b. Tasufin, fueron deponiendo en 1090 a los distintos reyes de taifas.

El gobierno de los almorávides tuvo un marcado carácter militar, con un rígido sistema fiscal y de acuñación de numerario para sostener su ejército, teniendo la sede administrativa provincial de al-Andalus en Granada<sup>51</sup>. Pasado cierto tiempo, al igual que en otros lugares, los malagueños protagonizaron una rebelión que acabó con la presencia almorávide en Málaga. Abu l-Hakam al-Husayn Hassun, cadí de la ciudad y perteneciente a los Banu Hassun de Málaga, familia que controlaba el cadiazgo desde los hamudíes, dirigió la revuelta: «asedió a los almorávides en la Alcazaba, hasta

46. Siguiendo a Ibn Idari, Calero Secall y Martínez Enamorado relatan la conquista de Málaga por los abbadíes en 1995: 342-345. También las *Memorias de ‘Abd Allah*, 1980: 134.

47. *Memorias de ‘Abd Allah*, 1980: 114.

48. *Ibid.*, 1980: 114-115.

49. 1994a: 224.

50. A la muerte de Badis Ibn Habus en 1073, se dividió el reino entre sus sucesores: «el de Granada, para ‘Abd Allah, y el de Málaga, para su hermano Tamim. A continuación se producirá el enfrentamiento de los dos, y como consecuencia de ello la llamada, por parte de Tamim, a los almorávides» (Acién Almansa, 1994a: 225).

51. López de Coca, 1996: 160-161. Para conocer a fondo el periodo de dominación almorávide consúltense los trabajos de Bosch Vilá, 1956; y Viguera Molins, 1992, 1994a y 1994b.

que los hizo bajar de ella después de seis meses. Se apoderó de la Alcazaba, se trasladó a ella y se hizo llamar emir»<sup>52</sup>.

Con este título, al-Husayn Hassun gobernó Málaga los siguientes diez años, hasta 1153, como reino independiente. Fue derrocado por un nuevo levantamiento popular de los malagueños en respuesta a su exigencia de dinero y al régimen de terror que implantó en la ciudad. Esta sublevación le costaría la vida —terminó suicidándose—, y su «cadáver fue crucificado y la cabeza llevada a Marrakech». Mientras tanto los sublevados reclamaron la presencia de los almohades, ya instalados en la Península por considerarlos la única fuerza capaz de ayudarles<sup>53</sup>, comenzando a partir de este momento la transición del dominio de los almorávides al de los almohades en Málaga.

¿Cómo era la ciudad en estos años centrales del siglo XII, en pleno tránsito de poder y dominio de los imperios norteafricanos? La descripción del geógrafo al-Idrisi nos aporta una de las imágenes más esclarecedoras y completas de la ciudad:

(...) Málaga es una ciudad bella, próspera, muy poblada, de extenso perímetro, espléndida, completa y magnífica. Sus mercados son florecientes, sus comercios, fluidos y sus recursos, muchos. Todas las tierras que la circundan están (cubiertas) de higueras, conocidas como de Rayya, y sus higos son exportados a Egipto, Siria e Iraq, incluso hasta la India y son higos de la mejor calidad. La ciudad de Málaga tiene dos grandes arrabales, uno el de Funtanalla y, el otro, el de al-Tabbanin. Sus habitantes beben agua de pozos; este agua se halla casi a flor de tierra, abundante y dulce. Hay también un río que sólo discurre durante el invierno y la primavera pues no es de curso permanente (...) Málaga es una ciudad muy hermosa y bien fortificada. Está situada al pie de un monte que lleva el nombre de Yabal Faruh y tiene una Alcazaba inexpugnable y dos arrabales sin muralla, en los que hay fondas y baños (...) Málaga es la capital (qa'ida) de Rayya<sup>54</sup>.

Según la descripción de Ibn Galib, escritor granadino del siglo XII, Málaga se convirtió, en «una de las capitales más importantes de al-Andalus», tomando el relevo a otras ciudades, pues «se hizo fuerte por la debilidad de otras y que se desarrolló mucho a expensas de otras»<sup>55</sup>. Bajo los almohades,

52. *A'mal al-A'lam*, fols. 158-159. Citado por Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 348.

53. Acíen Almansa, 1994a, 234; Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 351.

54. Ubieto Arteta, 1974: 39. Seguimos, por ser más completo, la traducción de Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 30.

55. *Ibid.*, 31.

Málaga recibió un nuevo impulso urbano con nuevas funciones políticas, administrativas, militares, comerciales, etc. La importancia adquirida por la ciudad quedó reflejada por el hecho de ser Málaga y Sevilla las únicas ciudades almohades de al-Andalus con ceca para acuñación de moneda de oro<sup>56</sup>.

Esta importancia de la ciudad hay que atribuirle tanto al incremento demográfico, producido durante la segunda mitad del siglo XII, como al relanzamiento de las bases de una economía urbana diversificada (agricultura especializada en productos para la exportación, junto a manufacturas de loza dorada, vidrios, cordobanes rojos, etc.) y abierta al intercambio, gracias a su puerto.

La vida cotidiana de Málaga nos ha quedado perfectamente registrada en unas fascinantes imágenes del tratado de *hisba* del almotacén malagueño al-Saqati, al final del dominio almohade.

Es como una ventana abierta sobre las calles y mercados de Málaga —así lo comparaba Leopoldo Torres Balbás<sup>57</sup>— (...) vemos a los pregoneros subastando mercancías a gritos por las calles; a los boticarios extendiendo alfombras en las plazas para colocar sobre ellas sus productos; el interior de las tiendas, revestido de yeso, el espantar las moscas con abanicos; el transporte en espuelas de higos y almendras (...).

Este tratado de *hisba* de Málaga muestra quiénes y cómo eran y a qué se dedicaban las clases productivas de aquella sociedad urbana. Poseemos una espléndida nómina de oficiales y de artesanos: molineros, panaderos, carniceros, dueños de casas de comida, boticarios, perfumistas, drogueros, comerciantes, mercaderes de esclavos, fabricantes y vendedores de productos manufacturados, vidrieros, etc. Por otra parte, nos introduce en la viva dinámica de los negocios y tratos de la ciudad, siempre repleta de vicios, engaños y corruptelas «de los mercaderes y artesanos fraudulentos», a través de «la alteración que hacían de pesos y medidas, los medios que empleaban para deprecia las mercancías, sus habilidades en las transacciones y su disimulo en los negocios»<sup>58</sup>. No debe olvidarse de que era un libro de normas para regular y ordenar el funcionamiento del mercado.

56. Las cecas almohades de Sevilla y Málaga donde «van a acuñarse nuevas piezas de oro, de forma cuadrada y con leyendas que difunden el ideario almohade: «Allah es nuestro Señor, Muhammad nuestro Profeta, el Mahdi nuestro Imam» (López de Coca, 1980: 163).

57. 1970: 12. El tratado de *hisba* del sevillano Ibn Abdun es simultáneo en el tiempo con el malagueño de al Saqati y, al parecer, también en la intencionalidad.

58. Torres Balbás, 1970: 12-13. Para este periodo conviene consultar los trabajos de López de Coca Castañer, 1980; Peinado Santaella, 1987: 230-240; y Viguera Molins, 1992.

## MÁLAGA, PUERTO Y CAPITAL ECONÓMICA DEL REINO NAZARÍ DE GRANADA

En Málaga, ‘Abd Allah Ibn Di I-Nun, descendiente de la taifa toledana, protagonizó una revuelta antialmohade —en plena descomposición del imperio— y, a continuación, proclamó al murciano Ibn Hud como «emir de los musulmanes» de al-Andalus en 1230. A su muerte, a pesar de la pretensión de Di I-Nun de nombrarse soberano de Granada, un grupo de notables de la ciudad, en 1238, se la ofreció a Ibn al-Ahmar, rey de Arjona.

En los siglos bajomedievales (xiii al xv), Málaga formó parte del reino nazarí de Granada hasta la conquista por los Reyes Católicos en 1487<sup>59</sup>. Se convirtió en segunda ciudad del emirato y en su capital económica, gracias a un activísimo puerto que, según Ibn al-Jatib, era el «lugar de peregrinación donde confluyen los mercaderes», musulmanes y cristianos procedentes de cualquier parte del Mediterráneo. Málaga gozó de prosperidad y abundancia, proporcionadas por el avituallamiento permanente de mercancías y alimentos, como resaltaba en 1440 el alfaquí ‘Umar al-Malaqi, poéticamente, en el diálogo-disputa de Málaga con la Alhambra:

[...] la agricultura y la labranza no tienen arraigo ni variedad (...) sé que poco valgo en comparación con lo que vale Granada, pero muchos días, en un sólo instante, se me llenan de trigo playa y marina y no se sabe que jamás hayan durado en mí los malos tiempos<sup>60</sup>.

Gracias a la abundante literatura de geógrafos, viajeros, poetas y políticos musulmanes se alcanza la visión de una ciudad próspera que se desarrolló a lo largo de los siglos bajomedievales. En función de aquellas descripciones, Emilio de la Cerda Gariot idealizó la imagen de cómo pudo ser la Málaga nazarí con dibujos de acuarelas y planos (1879) (*vid.* fig. 1). Transmite y caracteriza aquellos hitos tópicos que los distintos autores islámicos repitieron y copiaron unos a otros, en una especie de literatura apologética y en gran parte también de contenido poético, que fue definida por Fernando de la Granja<sup>61</sup> como geografía lírica, o como paisaje cultural por Rachel Arié<sup>62</sup>, que le prestó mayor atención. Los mejores ejemplos

59. Sobre la historia política del reino granadino véase Arié, 1973: 36-44; Ladero Quesada, 1969a: 73-118; y López de Coca Castañer, 1987: 243-280, enmarcándola en la «lucha por la supervivencia».

60. *Maqama de la peste* (1440). Citado por Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995, 50-51. Sobre el autor ‘Umar al-Malaqi y su obra véase de la Granja, 1958: 107-125; y también Arié, 1987: 20.

61. 1981: V, 81-97.

62. 1987: 15-26.

literarios sobre Málaga los constituyen al-Qalqasandi, Ibn al-Jatib y el ya citado ‘Umar al-Malaqi.

Ciertamente, la historia política y el papel desempeñado por los grupos dirigentes de la ciudad y por algunos de sus gobernadores, arráeces o caudillos en la vida interna y en los conflictos civiles de la dinastía nazarí, confirieron a Málaga una gran autonomía política, incluso disfrutó de cierta fama de rebeldía, desde los *Asqilula* hasta El Zagal, último gobernador de Málaga quien en 1485 fue proclamado rey.

Hasta 1257 estuvo de gobernador de Málaga Ismail Ben Nasr, hermano del primer emir granadino Muhammad I. A partir de entonces, la ciudad y su distrito conocieron una cierta autonomía bajo los *Banu Asqilula*<sup>63</sup>. Su nuevo gobernador ‘Abd Allah, miembro de aquella familia, casado con una hija del emir, ante las crecientes discrepancias, se distanció de Granada, incluso durante su gobernación terminó enfrentado a los dos primeros reyes nazaríes. Al morir en 1278, sus hijos entregaron la ciudad a Abu Yusuf, sultán norteafricano de los *Banu Marin* o benimerines, quien al entrar en ella «quedó maravillado porque ninguna ciudad del mundo se podía comparar por su gracia y esplendor», según Ibn al-Jatib.

Muhammad II, tras firmar un tratado con Génova, no pudo consentir que Málaga permaneciese en manos de los benimerines. En febrero de 1279, se apoderó de Málaga, sobornando a su gobernador y sometiéndola al control directo de la dinastía. A partir de ahora, por el contrario, Málaga y algunos nazaríes malagueños promovieron sucesivos levantamientos militares que iban a instalarlos en Granada, con la consiguiente apropiación del emirato.

Así, ocurrió con el nuevo sultán Nasr, quien perdió Gibraltar (1309) y Alcaudete (1312), pasando a poder de Fernando IV, y tuvo que firmar una humillante paz con los castellanos. El descontento popular de los granadinos fue «aprovechado por el príncipe nazarí que gobernaba Málaga, para promover a su hijo Ismail como candidato al trono»<sup>64</sup>. Después de dos campañas militares, éste consiguió entronizarse como rey de Granada en 1314. Igualmente, sucedería más adelante, en 1363, con Muhammad V cuando consiguió acceder al trono granadino por segunda vez.

Las reformas económicas llevadas a cabo por Muhammad V en el reino granadino en el último tercio del siglo XIV, consolidaron las bases de la economía malagueña, su agricultura y el comercio<sup>65</sup>, un floreciente

63. Sobre la ascendencia de este linaje norteafricano y sus relaciones en la frontera y en el norte de África, véase Francisco Guillén Robles, 1880: 146-151.

64. López de Coca Castañer, 1994: I, 247; y Galán Sánchez, 1999: 256-259.

65. Málaga fue el auténtico sostén económico del reino nazarí. Destacaba su agricultura avanzada, como puede verse en el tratado *Obra de Agricultura* del almeriense Ibn

artesano<sup>66</sup> y uno de los más importantes puertos del Mediterráneo, con activos comerciantes y excelentes naves, como lo testimonia el ataífor del s. XIV. El azúcar, la seda y los frutos secos de Málaga atrajeron a los «mercaderes genoveses, venecianos, florentinos y de la Corona de Aragón», quienes desplegaron aquí una extraordinaria actividad<sup>67</sup>.

Algunos han destacado la estrecha dependencia de su economía con la república de Génova, que afincó aquí «la colonia de genoveses más importante en el extranjero», formada por mercaderes de «apellidos notables: doce Spínola, dos Centurioni, un Grimaldi»<sup>68</sup>. Éstos fueron proveedores de cereales del Norte de África, aceite de Sevilla y de Italia, algodón egipcio, especias y drogas orientales, balas de papel y armas de la metrópolis, manufacturas diversas y paños baratos de Flandes e Inglaterra<sup>69</sup>.

A lo largo del siglo XV, Málaga se convirtió en uno de los escenarios de los activos enfrentamientos de bandos de la dividida aristocracia y dinastía nazarí, protagonizándose aquí buen número de episodios de la guerra civil granadina, dando su apoyo a sucesivos candidatos al emirato o combatiendo a otros. En la primera mitad del siglo, la ciudad defendió siempre la causa de Muhammad IX hasta su muerte, incluso a sus aliados, los *Banu al-Sarray* o Abencerrajes.

Luego continuó apoyándolos en los más difíciles momentos, prestando refugio a los supervivientes de la primera matanza que el emir Sad ben Alí realizó en 1462. Desde Málaga se trabajó para deponerlo y nombrar a su hijo Abu I-Hasan Alí, el célebre *Muley Hacen*, con quien comenzaba uno de los capítulos más sangrientos de la guerra civil granadina<sup>70</sup>. La nueva revuelta de los abencerrajes, entre 1468 y 1473, provocó que «Málaga se

---

Luyyun, donde describe las avanzadas técnicas del trabajo agrícola. Además, su agricultura era privilegiada por el clima y el litoral, tanto de la caña de azúcar, como del almendro y viñedo asociado al cultivo de la higuera, cuya transformación daba lugar a sus elogiados productos o frutos secos.

66. Igualmente la importante sericultura y su transformación en la industria de la seda y posterior venta en la alcaicería malagueña (López de Coca Castañer, 1987: 297-304). Asimismo las afamadas artesanías de la cerámica dorada, del vidrio, del cuero y de la piel, de la metalistería, de los calafates, etc., así como su importante comercio (*Ibidem*).

67. López de Coca Castañer, 1996: 175; y Arié, 1982: 250-254.

68. Ladero Quesada, 1969a: 43.

69. La relación de aquellas reformas llevadas a cabo por Muhammad V en 1370 «con la creciente influencia genovesa en el país», ha sido destacada por López de Coca, 1994: I, 249, aunque su presencia arrancaba ya un siglo antes. Málaga fue el principal centro de operaciones de los mercaderes ligures, puesto de manifiesto en los trabajos de Melis, 1956: 19-59 y 139-163; Heers, 1957: 87-121; Ladero Quesada, 1969: 42-48; López de Coca, 1973: 135-144, 1980: 619-650, y 1982: 335-370.

70. Ladero Quesada, 1969: 105-118; Carriazo Arroquia, 1969: 623-638, 655-658, 693-706; López de Coca, 1983; 1988: 599-641; y 1994: I, 251-252.

declarara rebelde bajo la dirección del caudillo *Mahomad Cercoti*, de filiación desconocida, terminando la revuelta en un baño de sangre»<sup>71</sup>.

Los últimos capítulos de esta guerra civil que sacudió en sus postrimerías al Estado nazarí se superpusieron y coincidieron con la guerra que mantenía con Castilla<sup>72</sup>. El escenario malagueño quedó apaciguado desde 1473, al nombrar Abu l-Hasan Alí a su hermano Abu 'Abd Allah, más conocido por El Zagal, gobernador de Málaga. En este tiempo, aquél fue depuesto por su hijo Boabdil y vino a refugiarse a Málaga<sup>73</sup>. Mientras, El Zagal se granjeó las simpatías de los malagueños y permaneció en ella hasta el momento de ser proclamado rey de Granada en 1483.

La ciudad le apoyó siempre, con lealtad, tomando partido frente a su sobrino Boabdil<sup>74</sup>, salvo un breve paréntesis, durante la primavera del 1487, cuando éste se apoderó de Málaga, mediante el envío de Abolcacin Aben Comixa<sup>75</sup>. Después, la ciudad reaccionaría con una numantina y heroica resistencia al asedio del ejército castellano (7 de mayo al 18 de agosto de 1487), aunque finalmente fue conquistada por los Reyes Católicos.

71. López de Coca, 1994: I, 251; Ladero Quesada, 1969: 116. Este último autor lo fecha en 1470.

72. El rey Fernando, «*con toda maña y astucia había dado libertad al emir Mohammed Ben Alí*», según el *Anónimo* musulmán, que le responsabilizaba de la guerra civil granadina (Carriazo Arroquia, 1969: 655 y 698-699). Véase también Ladero Quesada, 1969: 140-142.

73. Guillén Robles, 1880: 226.

74. El reavivamiento de la crisis entre las facciones que seguían a los dos proclamados reyes El Zagal y Boabdil, tío y sobrino, tuvo lugar en el invierno de 1486-1487. Véase el *Anónimo* musulmán, la *Relación* de Hernando de Baeza, su continuación publicada por J. de M. Carriazo en 1948, o la *Historia de la Casa Real de Granada*. Sobre las relaciones de estos dos últimos reyes granadinos véase Carriazo Arroquia, 1971: 1, 186-192; López de Coca, 1988: 599-641.

75. Según Ladero Quesada, «Boabdil replicó enviando a Málaga a Ben Comixa, que valiéndose de la tregua concedida por Castilla, ganó a la ciudad para la causa de su señor» (1988: 47, nota 179).

## II. EL DESARROLLO URBANO DE MÁLAGA

### CUESTIONES PREVIAS SOBRE EL URBANISMO MUSULMÁN

LA ciudad musulmana ha sido muy controvertida por algunos estudiosos que tan solo creen en el carácter tribal o rural de la sociedad andalusí. Esta cuestión resulta básica y fundamental —también de difícil respuesta—, incluso suscitó una lejana polémica entre los historiadores acerca de si puede hablarse del carácter urbano de la sociedad islámica y, por consiguiente, sobre si hay una teoría expresa de la ciudad en el Islam. Una parte de la historiografía discrepa de la consideración de que el hecho urbano sea consustancial al Islam.

Mientras unos le niegan abierta y tajantemente el carácter urbano<sup>1</sup>, otros, como D. Whitehouse<sup>2</sup>, lo consideran de forma matizada y puntualizan «de qué forma y hasta qué punto puede hablarse de ciudades islámicas». Finalmente, por el contrario, otros lo afirman y corroboran acudiendo a las fuentes, descripciones y testimonios literarios (*fada'il, musfajarat, corografías...*), incluso a las primeras teorizaciones de la «ciudad ideal» de al-Farabi, de al-Biruni, de Ibn Addun, de Ibn Battuta y sobre todo de Ibn Jaldun en su *al-Muqqadima*<sup>3</sup>.

Nuestra posición es contraria al prejuicio de los primeros, más cargado de parcialidad que de consistencia teórica, como se ha puesto de manifiesto

1. Lapidus, 1979 y 1984, y Wirth, 1982.

2. Nota introductoria a *Le città islamiche* en «Storia de la Città» (1978: 3), citado por Franchetti, 1983: 312, n. 3.

3. Franchetti plantea y cita, dentro de esta teórica del urbanismo islámico, a los siguientes autores: «Hasta el siglo XIV pueden encontrarse desarrollos de esta teoría: al-Farabi (muerto en 950-951), al-Biruni (973-1048), Ibn Abdun (siglo XII). Finalmente, en el siglo XIV, Ibn Battuta (1304-77), Ibn al-Jatib (1313-74), con su Parangón entre Málaga y Salé o, más en general, los *Prolegómenos (Muqqadima)* de Ibn Jaldun (1332-1406), son indicados como los puntos y los nudos sobresalientes del desarrollo de aquella cultura urbana» (1983, 312). Asimismo, véase Calero Secall y Martínez Enamorado, 1995: 83-90, quienes exponen acertadas consideraciones sobre las distintas posiciones historiográficas, argumentando y reforzando cómo el hecho urbano resultó ser consustancial al Islam.

por la investigación actual (G. Marçais<sup>4</sup>, E. Guidoni<sup>5</sup>, V. Franchetti<sup>6</sup>, F. Fusaro<sup>7</sup>, etc.) quienes hablan de una verdadera teoría urbanística en la organización de las ciudades islámicas. Por consiguiente, hacemos nuestra la consideración de Mikel de Epalza de que «todo al-Andalus es urbano y urbanizado. Nada escapa de una forma u otra a ese carácter urbano y ha de articularse con los demás elementos del urbanismo musulmán, si no se quiere perder su sentido y sus características vitales y reales más profundas»<sup>8</sup>.

De esta manera, con nuestro trabajo pretendemos igualmente resaltar lo que ha representado el Islam en la Península Ibérica y, en particular, la ciudad como su principal legado. Las huellas de la ciudad islámica cabe encontrarlas en otros escenarios del medievo europeo-mediterráneo<sup>9</sup>, aunque su modelo por excelencia fue la ciudad hispanomusulmana, fruto del enriquecedor proceso histórico de la Edad Media española. Hoy, ningún historiador que conozca nuestra historia niega su existencia y la categoría teorizada por Leopoldo Torres Balbás para las ciudades andalusíes de la Península Ibérica<sup>10</sup>.

Otra cuestión, no menos importante, sería dilucidar la herencia urbana encontrada por el Islam al llegar a la Península Ibérica y, en particular, como sucedió en el caso de Málaga, donde las primeras formas urbanas de la ciudad, la Málaga fenicia<sup>11</sup> y la Málaga romana<sup>12</sup>, en la práctica no cono-

4. 1957.

5. *Urbanística islámica e città medievali europee*, en «Storia de la città», 1978: 4-10.

6. 1983: 311-317.

7. *La città dell Islam*, Florencia, 1984.

8. De Epalza, 1991: 10.

9. Fenómeno paralelo a otras áreas y regiones en contacto con reinos y sociedades cristianas, como lo ha señalado Vitorio Franchetti: «la formación de algunas ciudades sicilianas y calabresas, e incluso algunos centros del Lazio meridional Cori, Anagni, Palombara, Sabina, etc., habrían estado influenciados por el modo islámico de organizar una ciudad. Huellas de influencias islámicas se encontrarían, además, en el área ligure y en la Francia mediterránea» (1985: 312).

10. *Ciudades Hispanomusulmanas*. También *vid. Resumen histórico del Urbanismo en España*. Madrid, 1954-1968.

11. Málaga fue una colonia fundada por los fenicios, puerto de tránsito, factoría y lugar de intercambio al otro extremo del Mediterráneo, como indica su propio nombre (MLK, equivale a «lugar de trabajo» o «factoría»). Constituyó el embrión y punto de arranque de la actual ciudad. ¿Dónde estaba situada? El emplazamiento de la *Malaca* fenicia se encuentra al pie de ambas laderas del cerro de la Alcazaba y en las cercanías del entorno urbano de calle San Agustín, como han puesto de manifiesto los numerosos vestigios arqueológicos y recientemente los hallazgos del Palacio de Buenavista. ¿Cuándo comenzó la vida urbana en Málaga? Al parecer arranca de la primera mitad del siglo VI a.C., aunque no se descarta una posible ocupación del siglo VIII. Sobre los orígenes de Málaga véase la actualización y puesta al día de la investigación en el Primer Congreso de H.<sup>a</sup> Antigua de Málaga, cuyas *Actas* fueron publicadas y coordinadas por Wulff Alonso y Cruz Andreotti, 1996.